



OPERACION: PLOMO CALIENTE



KEITH LUGER

Detrás de la mesa había una rubita de ojos verdes, nariz respingona y senos menudos, pero firmes.

—Soy Kenneth Forrest —le dije.

Abatió sus pestañas postizas y las volvió a levantar.

—¿El detective privado?

—El mismo.

Se movió felinamente en la silla, como una gatita y masculló:

—Caramba, pues usted debería trabajar en el cine...



Keith Luger

Operación: plomo caliente

Bolsilibros - Servicio Secreto - 883

ePub r1.0

Lds 19.03.19

Título original: *Operación: plomo caliente*

Keith Luger, 1967

Cubierta: Rafael Cortiella

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

Detrás de la mesa había una rubita de ojos verdes, nariz respingona y senos menudos, pero firmes.

—Soy Kenneth Forrest —le dije.

Abatió sus pestañas postizas y las volvió a levantar.

—¿El detective privado?

—El mismo.

Se movió felinamente en la silla, como una gatita y masculló:

—Caramba, pues usted debería trabajar en el cine...

Es lo que dicen algunas tontinas porque tengo un tipo formidable, un rostro de facciones muy varoniles y, sobre todo, porque soy acometedor.

Me incliné sobre la rubita y la besé en los labios con la mayor naturalidad, pero no se desmayó.

—Señor Forrest, ¿significa eso que quiere ligar conmigo?

—No, guapa. Sólo que doy así los buenos días a una chica como tú.

Me sonrió y luego se puso muy seria.

—Oiga, señor Forrest. No haga eso con ella.

—¿Con ella?

—Me estoy refiriendo a Nora Cooper, mi patrona.

—A las ancianas les beso la mano.

En ese momento se oyó una voz que llegó desde un interfono.

—Señorita Lester.

La gatita dio un respingo en la silla y dijo muy asustada:

—Diga, señorita Cooper...

—Llame a la oficina del señor Forrest. Dígale que lo cité a las diez y que, en este momento, las saetas de mi reloj señalan las diez.

Eché a andar hacia la puerta del fondo y la abrí penetrando en

la estancia.

Una mujer estaba inclinada sobre la mesa hablando por el interfono con su secretaria y no se dio cuenta de mi presencia.

—Dígale al señor Forrest que, si no está aquí en quince minutos, me buscaré otro detective privado, y dígame también que odio la informalidad...

Yo nunca había visto a la señorita Nora Cooper, pero había valido la pena esperar. Era una pelirroja de unos veinticinco o veintiséis años, de rostro sensitivo, mejillas ligeramente hundidas, y eso casi siempre es promesa de unos labios salientes y sensuales. En la señorita Cooper, la promesa era cumplida de una manera maravillosa, ya que sus labios, además de responder a los cánones, eran rojos como las fresas.

—Hola —dije.

Ella alzó los ojos y me vio allí.

Le dirigí mi sonrisa más cautivadora, la que hace estragos entre las pelirrojas de veintiséis años, con mejillas hundidas.

Ella enarcó una ceja, la izquierda, y exclamó por el interfono:

—Señorita Lester, ¿por qué ha dejado entrar a un vendedor de aspiradoras?

Era muy graciosa.

—Soy Kenneth Forrest —dije.

Arrugó su nariz, me observó de pies a cabeza y cortó la comunicación con la señorita Lester.

—Es increíble —dijo.

—¿Qué es lo increíble?

—Que usted pueda ser un buen detective privado.

—No soy bueno, señorita Cooper. Soy el mejor.

—¿Qué cretino le dijo eso?

—Hay muchos. Un marido al que le busqué a su mujer descarriada... Una jovencita que estaba en poder de un sádico director cinematográfico... Un millonario de Miami para el que recuperé su hija que había caído en manos de una pandilla de jugadores profesionales... Un capitán de policía de un pueblo de Nebraska donde impedí que fuesen linchados seis negros...

—No siga.

—Usted preguntó y yo contesté, señorita Cooper.

—No parece tan listo.

—¿Por qué no lo parezco?

—Por su tipo.

—¿Qué tiene mi tipo? A la señorita Lester le gusté.

—No lo dudo. Ella se muere por los artistas sofisticados que ve en la pantalla grande o pequeña, por Roger Moore, el Santo, por Tony Curtís, por Alain Delon...

—¿Cree que soy como ellos?

—Sólo diré que es demasiado bello para andar a trompicones por ahí...

—Si tiene libre su plaza de «gigoló», estudiaría seriamente su oferta.

Empezó a ponerse roja y tres segundos después estaba como una amapola.

—Bastardo —dijo.

Di un suspiro y me volví hacia la puerta.

—Hasta pronto.

—Párese ahí.

—Pensé que debería marcharme antes de que llegásemos a las manos.

—¿Sugiere que me podría pegar?

—He tenido que pegar a una mujer que otra, cuando ella se lo ganó. Y el comienzo de nuestras relaciones no ha sido demasiado bueno. Así que, le voy a dar un consejo que debe seguir, señorita Cooper. Búsquese otro detective.

—Soy yo quien toma mis decisiones.

—Esta vez no.

—Cobarde —hizo acopio de oxígeno para proseguir—: Se va, ¿eh?, pero yo sé por qué. Porque está demasiado acostumbrado a que las mujeres caigan rendidas en sus brazos. Apuesto doble contra sencillo a que, apenas vio a mi secretaria, la besó, y no hizo falta que estuviese más de cinco minutos con ella.

Miré la mesa por si ella tenía una bola de cristal. No había ninguna. Demonios, aquella mujer entendía de hombres.

—Entérese de una vez, señor Forrest. Si lo contrato, entre usted y yo sólo existirán unas relaciones laborales. Yo seré su jefe y usted mi empleado, y se atenderá a las órdenes que yo le dé.

Titubeé unos instantes y fue mi perdición.

—Va a venir conmigo a Estambul —dijo.

—¿Se refiere a Estambul, de Illinois?

—No, me refiero a Estambul, de Turquía, la ciudad que está al lado del Bósforo, el crisol de varias civilizaciones.

—Le salió bonito.

—No se burle, señor Forrest. Es lo primero que debe aprender. Tiene que respetarme.

—¿Qué se le ha perdido en Estambul, Excelencia?

Fue a soltar una palabra fea, pero decidió aplazarla. Tal como iba nuestra conversación, tendría muchas oportunidades para meterse con mi familia.

—Voy allí a comprar dos vasos.

—Le puedo traer media docena del almacén de la esquina —repuse— de los mejores, claro, dignos de una mujer como usted.

—Es usted un inculto. Voy a comprar dos vasos de gran valor, dos vasos hititas.

—No me diga.

—¿Sabe algo del imperio hitita?

—No.

—¿Del pueblo hitita?

—No. Yo sólo sé de memoria la historia de mi tiita.

Por un momento creí que iba a saltar sobre mí y que la emprendería a zarpazos.

—Ana es el nombre de mi tiita, y me quiere mucho —remaché.

No saltó. Cerró los ojos y relajóse en la silla.

—Señor Forrest, le pagaré los gastos y sus honorarios, los usuales naturalmente —dijo como una enferma antes de morirse.

—Me pagará el doble de mis honorarios.

—¿Por qué razón el doble? —gritó levantando sus genuinas pestañas.

—Porque es mi tarifa cuando salgo del país, y Turquía queda algo lejos de Nueva York...

—¿Cuál es su tarifa doble?

—Cien dólares diarios.

—Está bien. Aceptaré.

—Todos los gastos a su cargo, boletos de avión, de tren, hospedaje, etc... etc...

—Ya lo había entendido así, señor Forrest. Vaya por su equipaje. Salimos dentro de media hora.

—Eh, ¿por qué tanta prisa? Había quedado citado con una chica para almorzar...

—Almorzará en el avión, señor Forrest. Nada de chicas.

CAPÍTULO II

Yo estaba almorzando en el avión, con la azafata, una sueca llamada Ingrid, como es natural. Era una pieza de concurso. Hablaba perfectamente el inglés, de modo que nos entendíamos a las mil maravillas, aunque yo me entiendo la mar de bien con ellas sin necesidad del idioma.

Estaba prohibido a los pasajeros entrar en aquel lugar, pero si uno fuese a tener en cuenta todas las prohibiciones, la vida sería un asco.

Ingrid estaba sobre mis rodillas, y yo sobre un precario taburete, y estábamos despachando a medias un tarro de mermelada con galletas. De vez en cuando, mezclábamos un beso para que el almuerzo no resultase soso.

—Cariño, ¿qué vas a hacer en Estambul? —preguntó Ingrid.

El caso era que había tenido muy poco tiempo para pensar en lo que iba a hacer a Estambul.

Infierno, ahora que lo pensaba detenidamente, todo me pareció la mar de extraño. ¿Por qué infiernos Nora Cooper tenía necesidad de un detective privado para comprar dos vasos hititas en aquella ciudad turca, crisol de civilizaciones?

Se descorrieron las cortinas que había a nuestras espaldas, y una voz dijo:

—No está nada bien eso que hace, puerco.

Sólo tuve tiempo para hacer saltar a la rubia de mis rodillas y para inclinar ligeramente la cabeza.

Un puño me rozó el cuello y machacó una de las barras del taburete, que saltó convertido en astillas. Seguro que si me hubiese atrapado la cabeza, me habría mandado al hospital por un par de meses.

—¿Es tu padre, Ingrid? —grité mientras caía.

—No conozco a este hombre.

Ella y yo estábamos hechos un lío de piernas y brazos.

El fulano, al no alcanzarme en la cabeza, se había inclinado y pude verlo. Tenía el cráneo pelado, la nariz chata y las cejas muy espesas. Podría haber pasado por el abominable hombre de las nieves si hubiese usado abrigo de piel.

Ya estaba poniendo en marcha su puño izquierdo y aposté a que esta vez no fallaría.

No me quedé quieto. Salté hacia delante con la cabeza inclinada y sentí una explosión de huesos y cartílagos.

Había logrado mi objetivo. Mi cráneo había chocado contra su cara.

Aquel tipo que debía pesar más de cien kilos se vino abajo con las manos en el rostro, aullando como un perro rabioso.

Ingrid se había quedado sin habla. Estaba muy asustada.

Se abrió una puerta a la derecha y entró uno de los oficiales del avión.

—¿Qué ha pasado aquí, Ingrid?

Antes de que pudiese hablar ella, lo hice yo.

—Sorprendí al gordo tratando de propasarse con la azafata, oficial.

El oficial miró a Ingrid y ella no tuvo más remedio que cabecear afirmativamente. Después de todo, aquel imbécil se había ganado lo que tenía.

El oficial se inclinó sobre el calvo, que continuaba soltando aullidos.

Encontré muy raro que el tipo se hubiese metido allí, y una bombilla roja se encendió en mi mente.

—Ingrid —dijo el oficial—. Llama al médico. Este hombre tiene media cara deshecha. Tendrá que hacer el resto del viaje en la enfermería.

Soltó una disculpa y salí de allí encaminándome hacia mi sillón, al lado de la señorita Cooper.

Ella había visto la clase de mirada que intercambiábamos Ingrid y yo antes de marcharme, y preguntó con retintín:

—¿Qué tal su almuerzo?

—Habría sido bueno si no fuese por usted.

—No le entiendo.

—¿Qué es lo que se trae entre manos, señorita Cooper?

—Un negocio de compra. Ya se lo expliqué.

—Oh, sí. Usted dijo que vamos a comprar dos vasos hititas, pero creo que ha llegado la hora de que amplíe detalles.

—¿Por qué he de ampliarlos?

—No se hace una carrera de miles de kilómetros por comprar un par de vasos.

—Señor Forrest, su ignorancia está a la altura de su insolencia. Esos dos vasos hititas valen cien mil dólares.

—¿Va a pasar eso?

—Sí.

—¿Por qué?

—Señor Forrest, ¿no leyó mi placa sobre la puerta de mi oficina?

—Nora Cooper —recité—. Representante de la Mac Callion Company.

—¿No le dice nada la Mac Callion Company?

—¿Qué tenía que decirme?

—La Mac Callion Company tiene su oficina central en Los Ángeles, y es una firma de compraventa de objetos artísticos muy conocida. Pero no hace falta que se excuse. Ya sé que usted y el arte deben estar muy reñidos.

—No lo crea. El arte y yo sostenemos muy buenas relaciones —dije clavando mis ojos en su escote.

—Señor Forrest, es preferible que renuncie desde ahora a sus maneras de truhán.

—¿Es ésa la opinión que tiene de mí?

—¿Qué hizo con la azafata?

—Me ofreció mermelada.

Sus ojos me fulminaron.

—Y resultó una buena mermelada —agregué—, hasta que llegó el tipo gordo de las cejas espesas. Quiso reventarme la cabeza.

—El padre de la azafata, ¿eh?

—Ni padre, ni nada. La azafata no lo conocía. Por tanto, ese hombre quiso hacerme pedazos por culpa de usted.

—¿Cómo?

—Está claro, Nora. Alguien tiene interés en que usted no haga el negocio y han decidido empezar por retirarme de la circulación.

En los ojos de mi hermoso jefe apareció un destello de temor. Me incliné sobre ella.

—¿Me va a abrir ahora su pecho?

—Lo sabrá todo cuando lleguemos a Estambul.

Acondicionó el asiento para dormir y yo reprimí a duras penas los deseos de atrapar su lindo cuello y apretar hasta que soltase un palmo de lengua.

Al cabo del rato, Ingrid pasó por mi lado y dijo:

—¿Más mermelada, señor Forrest?

En el avión éramos un centenar de pasajeros y pensé que quizá otro tipo se podría escandalizar de que la azafata y yo nos dedicásemos al dulce.

—Otro día, Ingrid —le dije, y también me preparé para dormir.

CAPÍTULO III

Bajamos del avión en el aeropuerto de Orly, en París.

—Reemprenderemos el viaje mañana —dijo Nora Cooper.

—¿Por qué mañana? —repuse.

—Porque fue así como yo ordené mi plan.

Me habría gustado saber realmente si aquella parada en la capital francesa respondía a un plan preconcebido, o bien Nora había adoptado la decisión por lo del tipo que había tratado de aplastarme el cráneo.

—Nos hospedaremos en el hotel Juno —dijo mientras viajábamos en el taxi hacia la ciudad.

—Estupendo. Seremos el matrimonio Forrest —repuse.

—Se lo aceptaré como un chiste.

—Lo sugería por despistar a nuestros perseguidores.

—No hay perseguidores.

¿Qué me dice del fulano al que le tendrán que poner otra cara? Y no me diga que ese animal pertenecía a una asociación defensora de las buenas costumbres.

—Quizá había puesto sus ojos en Ingrid y vio en usted a un competidor, o algo peor, un tratante de blancas.

—¿Tengo aspecto de eso?

—¿Quiere una respuesta sincera?

Solté un chorro de aire.

—Cállese la respuesta, jefe.

Nos registramos en el hotel. Ella pidió dos habitaciones contiguas, la 222 y la 223. El capicúa para ella, aunque debí luchar por su posesión, porque el que necesitaba la racha de suerte era yo.

Mientras el agua de la ducha caía sobre mi cabeza, decidí que, cuando me vistiese, haría una visita a Nora Cooper, y que en esa

entrevista le iba a ajustar las cuentas. O me lo explicaría todo o rescindiría mi compromiso con ella.

De repente, oí que la puerta se abría.

—¿Nora?...

No me contestó nadie.

Tengo por costumbre ducharme sin pistola. Había dejado ésta, una «Luger» tan efectiva como la «Beretta» de James Bond, encima de la cama, pero ahora mi cama estaba a unos seiscientos kilómetros de mis manos.

Me puse una toalla alrededor de la cintura y salí de la ducha.

La pistola ya no estaba en la cama. La tenía en su poder una joven preciosa, una francesita que, si se decidía por el cine, se las iba a poner moradas a Brigitte Bardot.

Manejaba la «Luger» como si fuese un juguetito.

—Eh, cuidado, nena, que se te puede disparar...

Inmovilizó la pistola y casualmente me apuntó al estómago.

—Sigue jugando —dije.

Pero esta vez mis palabras no surtieron efecto.

—Caramba, eres un buen mozo —sonrió pizpireta.

—Lo soy para gloria de mi mamá —contesté.

—Qué lástima.

—Ella no murió —repuse ingenuamente—. Mamá se encuentra muy bien en un pueblo de Missouri.

—El que te vas a morir eres tú, buen mozo.

—Oh, no, de ninguna forma. También gozo de buena salud. Me hice examinar por el doctor hace tres semanas, y me aseguró que todo lo mío funcionaba a las mil maravillas. —Acompañé la aseveración con una mirada de cincuenta mil voltios.

El resultado fue inesperado.

La francesita arqueó el dedo en el gatillo.

—Eh, ¿qué vas a hacer, nena?

—Disparar.

—No puedes hacer eso.

—¿Por qué no?

—Está prohibido hacer rindo en los hoteles...

—Gracias por recordármelo.

—De nada.

La joven se acercó a la cama y atrapó un almohadón. Lo iba a

utilizar para apagar el estampido.

—Eh, cariño, siempre he oído hablar de la hospitalidad francesa.

—Somos muy hospitalarios... con las personas que nos gustan.

—¿Qué hay de mí que te desagrada? Dímelo y cambiaré.

—Lo siento, Kenneth, pero me dieron una orden y la debo obedecer.

No esperé más porque aquella chica no se dejaba embaucar.

Salté sobre ella.

Sonó el estampido, muy apagado, y la bala no me dio.

Mi cuerpo golpeó contra el de la hermosa asesina y los dos caímos en el suelo, ella lanzando un grito.

Me pegó con el codo en las narices y mis ojos se llenaron de lágrimas.

Sin embargo, había ocurrido algo bueno, la chica había perdido la pistola.

Pero la monina estaba gateando hacia el arma con una gran rapidez. Yo gateé también y caí sobre la muchacha antes de que pudiese atrapar de nuevo la «Luger».

Dimos más vueltas y por fin tuve a la chica debajo de mí.

—Suéltame, bandido.

—Si yo soy bandido, ¿qué eres tú?

—Una pobre muchacha, víctima de las circunstancias.

—Me lo decía mi sexto sentido. Seguro que eres una huerfanita.

—Tengo padre.

—Enhorabuena.

—Pero es muy viejo, y está en el hospital...

—Ya basta de informes familiares. Me gustará mucho más que hables de ti misma.

—Pero ¿qué puedo decirte yo?

—Sabías mi nombre.

—Lo leí en el libro del registro.

—Viniste aquí para matarme y eso no pudiste leerlo en el registro. Y no me digas que estabas haciendo calceta en tu casa tranquilamente y que te llegó una llamada telefónica de un desconocido que te prometió mil francos por liquidarme.

—No.

—Vaya, menos mal.

—Fueron dos mil francos.

—No vas a engañarme —dije—. ¿Cómo te llamas?

—Nathalie.

—Nathalie, ¿qué más?

—Nathalie Billard.

—Ahora el nombre de tu jefe.

—Muy bien. Te lo diré, pero deja de apretarme... Me estás ahogando. No puedo ni respirar.

La dejé libre y me levanté.

Ella también se puso en pie y me pegó un rodillazo al bajo vientre. Al inclinarme, me cazó con el filo de la mano en el cuello.

Me tambaleé y ella echó a correr y salió de la habitación.

Cuando al fin me repuse, yo también corrí, abrí la puerta de un tirón y tropecé con una mujer. La tomé por la muñeca y la atraje. Los dos rodamos por la estancia.

Ella empezó a soltar chillidos y supe en seguida que no era la bonita asesina, sino una camarera.

En ese momento Nora Cooper dijo desde el hueco:

—Me avergüenza usted, señor Forrest. Pensé que hacía sus conquistas femeninas gracias a su poder de seducción, no por la fuerza bruta. Cuando haya terminado su combate de lucha libre, vístase y reúnase conmigo en el restaurante.

Nora desapareció del hueco.

La camarera se puso en pie y salió de allí a todo correr, soltando gritos.

Yo cerré y abrí las manos porque sentí el impulso de echar a correr también para matar a alguien.

CAPÍTULO IV

Nora estaba sentada ante una mesa, junto a una ventana, comiendo con delicadeza y finura.

Dirigí una mirada a mí alrededor por el salón. No, no esperaba encontrar allí a la asesina Nathalie, o como quiera que se llamase, pero tengo buen ojo para localizar a posibles enemigos. Vi a un fulano del mismo aspecto que el moralista del avión a quien no le gustó que comiese mermelada con la azafata.

Tendría que vigilarlo porque empezaba a hartarme de que fuese yo el que recibiese las sorpresas.

Fui a la mesa de Nora y ocupé una silla.

—¿Logró vencer la resistencia de la camarera? —preguntó mi jefe sin levantar los ojos del plato.

—¿Usted qué cree? —inquirí a mi vez.

—Debería utilizar el cloroformo, señor Forrest. Así las convencería sin tanto trabajo.

No perdí la sonrisa, aunque mi aspecto debía ser el de un lobo hambriento antes de merendarse a su pieza.

—Nora, ¿podemos hablar en serio?

—Eso será muy difícil.

—¿Por qué?

—Por usted, naturalmente.

—Jefe, le voy a decir un secreto. Tengo que hacer verdaderos esfuerzos para no ponérmela sobre las rodillas.

—No soy de esas, señor Forrest.

—No me ha dejado terminar. Para sentarla sobre mis rodillas y darle unas cuantas palmadas en donde la espalda pierde su honesto nombre.

—Comprendo. Falló con la camarera y quiere seguir utilizando

sus procedimientos de hombre de las cavernas.

Un camarero se detuvo ante la mesa.

—¿Qué va a tomar?

—Narices.

—¿Con salsa o a la plancha, señor? —preguntó el empleado, muy correcto.

—Disculpe —le contesté—. Tráigame un solomillo de tres pisos con abundante guarnición, y un vaso de jugo de tomate.

—¿Alguna cosa más?

—Eso es todo.

El camarero se marchó.

Nora fue a hablar, pero yo la señalé en la cara.

—Un momento. Era yo el que tenía la palabra...

—Adelante, señor Forrest.

—Señorita Cooper, el hombre que me atacó en el avión lo hizo porque usted me empleó y, hace un rato, una mujer que dijo llamarse Nathalie Billard entró en mi habitación dispuesta a levantarme la tapa de los sesos... Y también ella hacía eso para impedir que yo viajase con usted hasta Estambul.

—Es una suposición suya.

—Es la verdad y ella justifica por qué usted quería el mejor detective privado de Nueva York.

—Sigue usted en su línea de modestia.

—No se vaya por las ramas, señorita Cooper. Necesito que me cuente todo el asunto.

—En Estambul.

—Nada de Estambul. Va a ser aquí.

—¿Y si no qué?

—Me licencio.

—Usted no hará tal cosa.

—¿Por qué cree que no? Nunca me ha gustado que jueguen conmigo como si fuese un muñeco del tiro al blanco...

—Ya no volverá a ocurrir nada, Kenneth.

—Eso es lo que usted dice.

—Se lo prometo.

—No me bastan sus promesas, señorita Cooper.

Nora alargó una mano y la puso sobre mi diestra. Fue como si me hubiesen puesto en contacto con una fuerza desconocida. Pero

eso era lógico porque llevaba más de media hora sin tocar a una mujer.

—Kenneth, ¿por qué no tienes confianza en mí?

Sus palabras fueron suaves, y su bello rostro era dramáticamente el de una mujer que necesita la ayuda de un hombre.

—Te contestaré, Nora —la tuteé también—. Nunca he depositado mi confianza en ninguna mujer y no voy a empezar ahora.

Me clavó las uñas en la mano.

—Siento deseos de rasgarte la piel —dijo escupiendo las palabras al rojo vivo.

Le cogí la zarpa y se la aparté mientras me levantaba.

—Nena, estaré en mi habitación. Si quieres contármelo todo, es cuestión tuya.

—Supón que no te lo cuente todo.

—Me largaré a Nueva York esta misma noche.

El camarero llegaba con el solomillo de tres pisos.

—Sírvaselo a ella —dije y puse unos cuantos billetes sobre la mesa.

El mozo se quedó asombrado mientras yo caminaba rápidamente hacia el ascensor.

Entré en mi habitación y me tendí en la cama.

Transcurrieron diez minutos, quince, y llamaron a la puerta. Acudí a abrir. Era ella.

—¿Puedo pasar? —preguntó.

—¿Ya estás decidida a contármelo?

—Sí —dijo Nora entrando.

—Eres una niña buena y mereces un beso.

Ella retrocedió cuando intenté atraparla por los brazos.

—No me toques.

—Como tú quieras... Anda, suéltalo.

—Vamos a Estambul para comprar esos vasos hititas pero lo que no te dije es que son producto de un robo.

CAPÍTULO V

Me eché a reír.

—¿Lo encuentras gracioso? —preguntó ella con voz llena de ira.

—Sí, muchísimo. ¿Has pensado siquiera por un momento que yo iba a ser cómplice de una cosa como ésa? ¿Qué clase de informe te dieron de mí?

—Estás corriendo demasiado. Los vasos hititas le fueron robados a un tirano.

—¿A qué tirano te refieres?

—A cierto príncipe árabe. Tiene treinta mujeres.

—Le alabo el gusto, pero le compadezco.

—No seas superficial. Ese hombre tiene a su pueblo sometido a la esclavitud... Gana una fortuna con el petróleo y, supuestamente, su renta le debería permitir el desarrollo de su país, pero el único que se desarrolla es él.

—Falta poco para que me digas que debo bendecir el robo.

—Eso es cosa tuya. Yo estoy exponiendo los hechos objetivamente.

—Anda, dime, ¿quién robó al príncipe árabe los vasos hititas?

—No fue una sola persona, sino tres, aunque yo sólo conozco al cabecilla. Es un francés llamado René Godad. Fue él quien se puso en contacto con la compañía Mac Callion. Les envió una carta anunciándoles que tendría mucho gusto en conocer su oferta por los vasos hititas. Los citó en día determinado, el próximo día veintitrés, o sea mañana, en Estambul. Entonces la compañía Mac Callion pensó en mí.

—Muy interesante.

—Pero mis jefes pusieron una condición.

—¿Cuál?

—Que te llevase conmigo.

—De modo que fue cosa de ellos...

—Sí.

—Me siento muy halagado.

—Yo jamás te habría llevado conmigo.

—Eres muy sincera, cariño, pero ¿por qué no me contaste todo eso en Nueva York, antes de emprender el viaje?

—Mis jefes me dijeron que, si no aceptabas acompañarme, ellos se ocuparían personalmente del negocio y no quise perder esta oportunidad. Tuve miedo de que te echases atrás si te contaba la verdad.

—De modo que se trata de eso... De tres tipos vivos que robaron los vasos a un príncipe árabe, y que ahora tratan de subastarlos.

—Así es.

—¿Quiénes son los otros postores?

—Sólo tengo una idea.

—Habla.

—Uno de ellos puede ser un armenio llamado Ismaili Karamarium. Reside en Londres y, desde hace muchos años, trafica con objetos y joyas de gran valor arqueológico.

—Y por lo visto también asesina.

—Karamarium es un hombre que no se anda por las ramas cuando trata de conseguir lo que desea... Sabe perfectamente que uno de sus competidores en esa subasta será la Mac Callion Company, y habrá hecho sus investigaciones.

—Sólo tuvo que vigilarte a ti para llegar a la conclusión de que el detective idiota que te acompaña era el hombre que debía liquidar. ¿Qué otra persona podría tener interés en retirarnos de la circulación?

—Hay un japonés, Ichiro Yoshida, que reside en Hong-King, y cuyo negocio es el mismo que el nuestro.

—Antigüedades, ¿eh?

—Sí.

—Y por lo visto también le gustan las momias, cuanto más recientes mejor. ¿Qué otro?

—Puede haber alguien más, pero sería una sorpresa. El armenio y el japonés son los mayores competidores de la Mac Callion

Company. Cualquiera de ellos no dudaría en contratar a una pandilla de pistoleros.

—¿Hay alguno más?

—No.

—Claro que sí. ¿Dónde has de verte con René Godad?

—El se ocupará de eso.

—¿Qué quieres decir?

—Que tú y yo nos tenemos que hospedar en el hotel Europeo, donde tenemos habitaciones reservadas. Allí debemos esperar el momento en que René Godad se ponga en contacto con nosotros.

—Muy emocionante.

—Celebro que lo tomes así.

—Me largo —dije.

—¿Cómo?

—Ta lo has oído. Me voy. Regreso a nuestro país, y no vas a conseguir nada llamándome cobarde. Yo me dedico a descubrir crímenes, a ayudar a la gente honrada.

—Nosotros somos honrados.

—Eso es lo que tú dices. ¿Quién me asegura que no sois como ese armenio, Ismaili Karamarium, o ese japonés, Ichiro Yoshida? Todos pretendéis lo mismo, los dos vasos hititas.

—Nosotros no recurrimos al asesinato.

—Según eso, queréis conseguir los vasos haciendo la mejor oferta.

—Claro.

—¿Cuánto vais a ofrecer?

—Es un secreto.

—No vuelvas otra vez con eso. No puedes tener secretos para mí en este asunto.

—Tengo orden de llegar hasta el medio millón de dólares.

—¿Y cómo los pagarías?

—Está todo dispuesto para pagarlo en veinticuatro horas, pero ellos no deben saber que quiero ofrecer tanto. Quizá los pueda conseguir con menos.

—Claro, lo podrías conseguir con menos si eliminases a vuestros competidores.

—Ya te he dicho que no perseguimos eso.

—Está bien... Ahora me oirás a mí... Tendrás que ir sola a

Estambul.

—No puedes echarte atrás. Estás contratado.

—Claro que estoy contratado, pero yo mando al infierno ese contrato.

—¿Qué clase de moralidad es la tuya? Y no te creas que me refiero a la otra, a la que tiene relación con las mujeres. Ya sé que en ese aspecto eres completamente negativo. Me refiero a la moralidad con respecto a los negocios. Dijiste que aceptabas el encargo y debes llegar hasta el fin.

—No me contaste todo con respecto a ese negocio.

—Te dije que viajaríamos a Estambul.

—Pero no que íbamos a pelear por unos objetos robados.

—Grandísimo cabezota, me estás dando la razón. Estamos en París y ya quieres volverte. ¿Qué habría pasado si te hubiese contado la historia en Nueva York?

—Te habría contestado lo mismo que te voy a decir aquí. Te habría pedido más de cien dólares diarios para ir a Estambul.

—¿Qué?

—Es lo que te pido si quieres que continúe.

Los hermosos ojos de Nora despidieron chispas.

—Con que se trata de eso... De un chantaje.

—No, cariño, no es un chantaje.

—¿Cómo lo llamas tú entonces, Kenneth?

—Un reajuste de precio.

—Bandido.

—Doscientos dólares diarios y un premio extra si conseguimos los vasos. Exactamente un premio de cinco mil dólares.

—¿Qué?

—Ya lo has oído. Lo tomas o lo dejas.

—Eres el estafador más grande que existe sobre el planeta llamado Tierra.

—Gracias por recordarme que no estoy en la luna.

—¿Sabes lo que te digo, Kenneth Forrest?...

—Si vas a empezar a hablar mal de mí, será mejor que salgas. Yo atraparé mi maleta y me marcharé tranquilamente al aeropuerto. Después de todo, en París encontrarás a alguien que te acompañe a Estambul para hacer tu negocio.

En aquel momento llamaron a la puerta.

Esta vez tenía la pistola en la mano y la saqué. Abrí de un tirón y vi en el hueco a un tipo con cara de orientad.

Miró el arma que le apuntaba y sonrió diciendo:

Guarde esa pistola, señor Forrest. Soy amigo suyo. Mi nombre es Ichiro Yoshida.

FIN

CAPÍTULO VI

El japonés Ichiro Yoshida era exactamente como un japonés. No venía solo. Le acompañaban otros dos orientales, no japoneses, porque eran muy altos, poderosos, con la cabeza rapada, con ojos asesinos.

—¿Puedo pasar, señor Forrest? —dijo Ichiro.

—Desde luego, pero, si no le importa, sus dos muchachos se quedarán fuera.

Los muchachos me entendieron porque dieron dos pasos hacia mí levantando los puños.

Yoshida los detuvo con un gesto.

—Quedaos ahí. Es una reunión de negocios.

Los dos matones retrocedieron y yo cerré la puerta.

Yoshida estaba sonriendo a Nora Cooper, y le hizo una reverencia como si ella fuese una emperatriz.

—Encantado de conocerla, señorita Cooper. Me han hablado mucho de su belleza, pero le aseguro que tales referencias empalidecen ante el modelo original.

—Es usted muy amable —dijo Nora con voz seca—. ¿Qué es lo que quiere, señor Yoshida?

—Perdone, señorita Cooper, pero vine a hablar con el señor Forrest.

—Pues empiece —dije.

—Quiero contratarle, señor Forrest.

—Eh, Yoshida —exclamó la joven—. No puede contratar al señor Forrest. No está libre. Trabaja para la Mac Callion Company.

El japonés cabeceó.

—Pero estoy seguro de que las circunstancias pueden aconsejar al señor Forrest cambiar de patrón, especialmente cuando yo estoy

dispuesto a pagar el doble que usted.

Sonreí.

—Vaya, es usted generoso, señor Yoshida, pero haz algo que usted ignora.

Enarcó las cejas interrogativamente y proseguí:

—La señorita Cooper me acaba de prometer cinco mil dólares si la Mac Callion Company realiza el negocio.

—Dije que yo le ofrecía el doble y me refería a todo. Por tanto, usted ganará conmigo diez mil dólares si consigo realizar el negocio...

Nora gritó:

—¡Esto es incalificable, señor Yoshida! ¡Está tratando de corromper a uno de nuestros empleados!

—Señor Yoshida —dije—. ¿Por qué me considera tan importante?

—Porque si logro su colaboración, habré dejado fuera de combate a un competidor.

Nora puso los brazos en jarras.

—¿Cree que porque el señor Forrest trabaje para usted me va a retirar de la circulación?

—Exacto, señorita Cooper. Usted no continuará el viaje a Estambul.

—¿Cómo se atreve a decir eso?

—Mi primera orden para el señor Forrest será que la conduzca a usted a la casa que tengo preparada.

—¿Y dónde tiene preparada la casa?

—En las afueras de París. Es muy bonita, con un jardín lleno de flores.

—Apuesto a que no me dejaría salir al jardín.

—Lo podrá ver por la ventana de su habitación, y también contará con un mueble bar, un tocadiscos libros...

—Prefiero un cine.

—También lo tendrá.

—Y una película de Frank Sinatra.

—Eso ya no se lo puedo prometer.

Puse una mano en el hombro de Yoshida y lo hice girar hacia mí.

—Quiero hacerle una pregunta, Yoshida.

—Diga, le escucho.

—¿Era empleado suyo el hombre que en el avión trató de romperme el cráneo?

—Oh, no. De ninguna forma.

—¿Conoce a Nathalie Billard?

—No.

—De modo que tampoco me la envió aquí para que me agujerease la piel.

—No sé de qué me habla, señor Forrest. Pero no podemos perder tiempo, ahora que ya es empleado mío.

—Todavía no le di mi respuesta, Yoshida.

—Usted es un americano.

—Lo soy.

—Y por tanto un hombre de negocios.

—También es posible.

—Entonces, no debe dudar un momento de que conmigo va a hacer el mejor de los negocios, señor Forrest.

—¿Qué pasa si mi respuesta es no?

—¿Cuánto ganaba usted con ella?

—Doscientos diarios.

—Le pagaré cuatrocientos hasta que el negocio termine.

—Sí, eso ya lo dijo. Me daría el doble, y también me pagará diez mil dólares si usted consigue los vasos hititas, pero ha olvidado algo muy importante, señor Yoshida. Que yo soy honrado...

—Señor Forrest, tengo una ficha completa de sus actividades en su país.

—¿Y qué?

—Usted ha luchado muchas veces contra la policía, sin ayuda de nadie, y eso lo coloca en el lugar de un solitario aventurero, de un soldado de fortuna.

—Soy un detective privado, señor Yoshida, y está confundiendo las cosas. He peleado a veces con la policía porque ellos y yo teníamos ideas distintas con respecto a un caso criminal, pero nunca dejé de defender lo que, según yo, merecía la pena... Me importa mucho cómo son las personas, y lo que sé de usted a través de lo que ha dicho en esta habitación no me gusta absolutamente nada. Se cree que con dinero lo puede conseguir todo, y cometió un grave error al confesar cuáles son sus intenciones al secuestrar a Nora

Cooper, hasta que la subasta se celebre —le golpeé en el pecho con el dedo índice—. Se lo repito, señor Yoshida. Usted no me gusta nada y no va a ser mi patrón. Y si no se va de aquí en seguida, lo voy a pegar en la pared como una mariposa.

El japonés me sonrió. No me gustó su sonrisa. Era la de un hipócrita. Hizo una reverencia a Nora.

—Es usted muy bella, señorita Cooper —dijo— y celebro mucho que la Mac Callion Company la haya mandado como su representante en este viaje. Espero tener el placer de volver a verla...

—A mí no me gustaría tener ese placer —repuso Nora levantando la barbilla.

El japonés se inclinó nuevamente ante mí y al enderezarse dijo:

—Admiro a los hombres inteligentes.

—Gracias.

—Pero no le admiro a usted, señor Forrest.

Era su mejor chiste y le contesté:

—Yoshida, soy mal enemigo con los que tratan de jugar sucio. Trate de conseguir esos dos vasos hititas por medios lícitos. Si empieza con trampas, yo también las pondré en práctica, y le aseguro que las mías son de lo mejor...

—Lo tendré en cuenta, señor Forrest. Buenos días.

Abrió la puerta y salió cerrando tras de sí.

Nora se había quedado inmóvil como una estatua.

Llegué ante ella, la tomé por los brazos y la besé en la boca.

—Eh, ¿qué haces? —dijo echando la cabeza atrás.

—Ha ganado la virtud, y lo estaba celebrando. Continuemos.

Fui a besarla otra vez, pero ella me dio una patada en la espinilla.

—No creas que me has conmovido con tu gesto, Kenneth.

—Yo creí que sí.

—Sólo hiciste que cumplir con tu obligación... Si hubieses aceptado la propuesta de Yoshida, habrías sido un miserable, un traidor...

La puerta se abrió de golpe.

—Eh, ¿qué demonios pasa? —pregunté volviéndome.

Eran los dos mongoles. Ya estaban dentro de la habitación.

—¿Olvidó algo su jefe? —pregunté.

Me contestó el de ojos más oblicuos.

—Traemos una oferta de nuestro patrón, señor Forrest.

—No quiero oírla. Lárguense.

—Hemos de llevarnos a la muchacha.

—¿Adónde?

—A una casa con jardín.

—Qué tonto, ¿por qué lo pregunté? ¿Y adonde me van a llevar a mí?

—Usted se queda aquí... Pero antes Togo y yo le daremos el tratamiento. Le pondremos las piernas alrededor del cuello en forma de lazo.

No tuve tiempo para responder. Los dos se lanzaron contra mí.

CAPÍTULO VII

Atrapé una silla, la arrojé contra el tipo de la izquierda e hice frente al de la derecha.

El fulano que recibió la silla se cayó al suelo con un montón de maderos, pero fue como si le hubiesen empujado a la salida del Metro.

Pegué en el plexo solar del otro fulano y me hice polvo los nudillos.

El tipo rió por la boca.

—Será mejor que te tires al suelo y que te pongas los pies alrededor del cuello.

Le pegué un derechazo en los dientes y le desencajé no menos de tres.

—Eso te pasó por hablador, amiguito —repuse—. Pero ahí va una cura de urgencia.

La cura de urgencia me la dio él a mí. Me atrapó por la muñeca y me la hubiese roto si no hubiese girado noventa grados.

Viaje por la habitación y me estrellé en la pared.

Creí que el mundo se venía abajo, pero realmente era yo quien bajaba.

Al fin llegué al suelo.

—Patéalo, Togo. Me ha arrancado dos dientes —oí.

Nora echó a correr para salir de la habitación.

Togo le hizo la zancadilla.

Mi hermosa compañera cayó en el suelo, se golpeó la cabeza contra la puerta y perdió el sentido.

Era un mal momento para enfrentarse con dos enemigos como aquéllos, dos miserables que probablemente habrían ganado cinturones negros, y de otros colores, destripando a sus víctimas.

Eché mano a la pistola.

—Eso no —dijo Togo y me pegó un patadón en el arma.

Mi «Luger» se fue por el aire y tuve la impresión de que con la culata se iban tres de mis dedos.

El muy canalla me había pegado en el momento oportuno.

Me lancé de cabeza sobre su bajo vientre y tuve suerte porque lo corneé justo por donde debía.

Rodamos por el suelo y en el camino tropezamos con el compañero de Togo. Como era cuestión de aprovechar las oportunidades, le pegué con la mano en el tobillo. El muchacho lanzó un aullido. No se podría levantar ya sobre las dos patas porque le acababa de romper una. Chillaba demasiado y le incrusté el puño en la sien. Con esto tuvo bastante para irse a la región de los sueños.

Pero quedaba Togo, y el muy bastardo me hizo recordar en seguida su presencia porque me sacudió un golpe de karate en el cuello. Rodé como una pelota, entre otras cosas porque me estaba ahogando y, mientras me recuperaba, Togo tendría tiempo para ponerme las piernas alrededor del cuello.

Rió jactanciosamente.

Pegado a la pared, yo trataba de recuperarme, de llevar una brizna de aire a mis pulmones.

Togo vino hacia mí con aires de Cassius Clay para machacar a su contrincante.

Cerca de mi cabeza había un florero. Dejé llegar a Togo cerca y entonces atrapé el florero y salté sobre su cabeza. Si fallaba, Togo me iba a dejar para moverme en un sillón de ruedas durante el resto de mi vida. De eso no tenía ninguna duda.

Sonó un chasquido.

Yo caí con Togo y quedé sobre él.

Togo no se movió. Había recibido el impacto entre los dos ojos.

Fui al cuarto de baño y después de mojar me la cabeza me sentí mucho mejor. Volví junto a Nora Cooper con una toalla mojada y la desperté.

—¿Qué pasó, Kenneth?

Al ver a los dos truhanes fuera de combate, hizo una «O» con los labios. Estaba muy seductora así y se los besé.

—Nena, tenemos que marcharnos en seguida de aquí.

En el corredor no quedaba nadie, y abandonamos el hotel.

Tomamos un taxi y fuimos al aeropuerto.

Poco después, estábamos volando en un avión hacia Roma.

De pronto oí una voz:

—¿Mermelada, señor?

Era Ingrid.

Antes de que pudiese responderle, Nora me atrapó por el brazo.

—No, gracias, señorita, el señor Forrest ya tomó por hoy demasiado azúcar.

Di un suspiro y me encogí de hombros.

Ingrid hizo ese gesto característico de las mujeres que quiere decir: «Tú te lo pierdes, tonto», y se marchó.

Miré a Nora.

—¿Por qué no me has dejado ir con ella?

—¿Y por qué quieres ir con ella?

—Un hombre también necesita ser compensado de alguna forma.

—Ya tendrás tu compensación.

Dijo eso con una caída de pestañas y sentí que la garganta se me resacaba.

Al llegar a Roma decidimos no salir del aeropuerto porque nuestro avión emprendería el viaje hacia Estambul una hora después. Fuimos al restaurante. Tomamos un café y encendimos un cigarrillo.

De pronto un hombre que se cubría con gafas negras se acercó a nosotros y dijo:

—¿Señorita Cooper?

—Sí, soy yo.

—Mi nombre es Luigi Mancini y soy representante de la Mac Callion Company en Roma.

—¿Puede demostrarlo, señor Mancini?

—Desde luego. Le enseñaré un radiograma que me ha sido enviado por el propio señor Mac Callion. En él me da instrucciones para usted.

—¿Qué instrucciones?

—Debe abandonar.

—¿Cómo?

—Ha de regresar a Nueva York.

—Señor Mancini, me extraña que el señor Mac Callion haya adoptado esa decisión.

Luigi Mancini era moreno, cabello negro rizado, bigote espeso en el labio superior.

—Con permiso —dijo y ocupó una silla.

Luego sacó el radiograma y se lo entregó a Nora. Ésta lo leyó y me lo pasó.

El radiograma estaba dirigido a Luigi Mancini y decía así:

«Póngase en contacto con la señorita Cooper. *Stop*. Quise hablar con ella en París, pero ya había salido. *Stop*. No debe continuar a Estambul. *Stop*. Ha de regresar a Nueva York desde Roma. *Stop*. Negocio no interesa. *Stop*».

A continuación, estaba la firma de Mac Callion.

—Señor Mancini —dijo Nora—. Me ha enseñado un radiograma que ha podido ser enviado por otra persona.

—Oh, no debe imaginar tales cosas, señorita Cooper.

—Puedo imaginarlas y, por tanto, a usted le incumbe demostrarme que yo estoy equivocada.

—Pero usted debe conocerme. Debe saber que en Roma hay un Luigi Mancini y que trabaja para la Mac Callion Company.

—Desde luego lo sé, señor Mancini.

—Usted me honra, señorita Cooper —sonrió Luigi.

—Pero usted no es el empleado de la Mac Callion Company.

—¿No?

—Sólo es un agente que la Mac Callion Company utiliza para realizar algunas operaciones en este país.

—Pero yo cobro una comisión cada vez que la Mac Callion Company hace un negocio en Italia, y le aseguro que es importante... La Mac Callion Company es mi mejor cliente y yo soy un hombre honrado... Si ellos me piden un favor, yo lo hago, y en este caso me dijeron que estableciese contacto con usted y aquí estoy. Eso prueba mi honorabilidad, ¿no, señorita Cooper?

—Tendré que comprobarlo.

—¿Qué quiere decir, señorita Cooper?

—Conferenciaré con mi jefe y sabré si él mandó el cable.

—Me parece ridículo.

—Ya conoce mi respuesta, señor Mancini.

Luigi Mancini se levantó.

—Como usted quisiera, señorita Cooper. Ya cumplí con mi deber... Buenos días.

Hizo una inclinación de cabeza hacia Nora, otra hacia mí y se alejó.

—¿Qué piensas de esto, Kenneth? —preguntó Nora.

—Lo mismo que tú, que es una trampa.

Me puse en pie.

—¿Adónde vas, Kenneth?

—Quiero seguir al señor Mancini.

—Nos marchamos dentro de una hora a Estambul. No nos importa que el señor Mancini nos haya tendido una trampa. El caso es que no hemos caído en ella.

Nora tenía razón. Estaba un poco encolerizado con Mancini y quería demostrarle con qué facilidad aplasto la nariz de un bastardo. Volví a sentarme.

—De todas formas, voy a llamar a mi jefe.

Nos fuimos a donde estaban los teléfonos. Nora dijo que quería hablar con Nueva York, y una italiana de saludable aspecto le contestó que tendría que esperar como quince minutos.

—Voy al tocador —dijo Nora.

—Te acompañaré.

Se metió en el tocador y yo esperé a prudente distancia fumando un cigarrillo.

Fueron entrando mujeres, primero una, luego dos, y por último una muchacha negra.

—¿Me da fuego? —dijo una voz a mi espalda.

Me volví y me quedé sin respiración. Delante de mí tenía una rubia cenicienta con un cuerpo primoroso.

Le di fuego de mi encendedor, y ella después de prender el cigarrillo dijo:

—Gracias, es usted muy amable.

Fue a volverse y yo la tomé del brazo.

—¿Va a viajar, querida?

—Sí.

—¿Adónde?

—A Ginebra.

—Qué lástima —dije—. Podíamos haber ido juntos durante un rato. Pero otra vez será.

Ella me obsequió con una sonrisa y se marchó.

Sus caderas tenían algo hipnótico porque la estuve mirando un rato, hasta que se perdió a lo lejos.

Volví a vigilar el tocador. Salió la negrita y luego otra mujer.

Había un tipo muy cerca de mí que estaba apoyado en una columna leyendo un diario romano.

Pasaron diez minutos y Nora no salió. Llevaba más de quince allá dentro y eso me extrañó porque ya debíamos haber vuelto a las cabinas telefónicas.

¿Y si Nora había salido cuando yo hablaba con la rubia? Me dirigí al tipo del periódico.

—Eh, oiga, ¿no vio salir del tocador a una pelirroja muy atractiva?

—¿Se refiere a la mujer desmayada?

—¿Qué?

—Sacaron a una mujer y era pelirroja.

—¿Cuándo?

—Hace unos minutos. Recuerdo que usted estaba hablando con la rubia cenicienta que le pidió fuego.

Sentí un vacío en el estómago.

—¿Hacia dónde fueron?

—Hacia el botiquín.

Eché a correr y poco después entraba en el botiquín.

Un tipo con bata blanca me *cerró* el paso.

—¿Adónde va?

—Busco a una pelirroja que se desmayó en el tocador.

—Aquí no trajeron a ninguna pelirroja.

Le di las gracias y salí corriendo. Pero ¿adónde iba?

Qué tipo listo era yo. ¿No les dije que soy el mejor detective privado de Nueva York?

Si hubiese tenido a mano un bisturí, me habría hecho una auto operación de cerebro. Seguro que habría encontrado corcho en lugar de sesos.

Había perdido a Nora, el negocio de Estambul y, con ello, las

posibilidades de la Mac Callion de conseguir los dos vasos hititas.

CAPÍTULO VIII

Salí del aeropuerto y fui hacia la playa de estacionamiento.

Varios coches estaban saliendo y el corazón me dio un vuelco al reconocer en uno de ellos, al volante, a la rubia cenicienta. Ella no me vio a mí.

Busqué un taxi.

—Siga el coche color crema.

El chófer asintió con la cabeza y se puso en marcha.

—No lo pierda de vista. Le pagaré el doble.

—No lo perderé.

Sin embargo, el taxista iba despacio. El auto crema se perdía a lo lejos.

—Más aprisa —dije—. Le pagaré triple.

El tipo apretó a fondo el acelerador y fuimos ganando terreno.

Al cabo de media hora de carrera cruzamos una avenida. El coche crema se metió por la derecha.

—Párese —le dije al taxista.

Se detuvo junto al bordillo y pagué la cuenta con la bonificación.

Fui hacia el lugar donde había visto desaparecer el auto color crema y descubrí una casa de dos pisos con un gran jardín.

La rubia cenicienta estaba abriendo la puerta con llave. Había dejado su auto en la cochera.

Esperé a que ella entrase en la casa y entonces salté la verja y eché a correr hacia una ventana.

Miré por los cristales. La rubia cenicienta estaba hablando por teléfono.

Pegué la oreja a la ventana, pero no pude oír nada.

CAPÍTULO IX

Entonces fui a la entrada principal y apreté el timbre.

Pasó un minuto y abrió la rubia cenicienta.

—¿Te acuerdas de mí? —pregunté.

—Oh, sí. Usted es el tipo que me dio fuego en el aeropuerto.

—Celebro que me recuerdes —dije entrando.

—Eh, ¿qué hace?

Me volví hacia ella en el vestíbulo y pregunté:

—¿Ya no te vas a Ginebra?

—Cambié de opinión.

—¿Qué te hizo cambiar de opinión?

—Oiga, ¿por qué me hace esas preguntas?

—Por Nora.

—¿Nora? ¿Quién es Nora?

—Nora Cooper, la representante de la Mac Callion Company.

La rubia cenicienta apoyó su linda barbilla en su puñito y dijo sin perder la sonrisa:

—Habla usted confusamente. No le entiendo una palabra. Nunca oí hablar de esa compañía, ni de la mujer que al parecer ha perdido.

—¿Con quién hablabas por teléfono hace un momento?

—Con mi prometido.

—¿De veras? —dije y me fui al vestíbulo.

—Eh, no puede seguir en esta casa. Márchese inmediatamente o me obligará a llamar a la policía.

Sin embargo, vino conmigo hacia el vestíbulo.

Yo me senté en un confortable sillón y crucé las piernas.

Ella me miró asombrada.

—Debe estar loco —dijo.

—Quizá lo esté dentro de poco, cuando pasen cinco minutos más

sin que sepa qué ha sido de Nora —fue a hablar, pero la interrumpí con un gesto—. Eh, muchacha, tú formas parte de la pandilla. Me entretuviste frente al tocador pidiéndome fuego para tu cigarrillo mientras tus cómplices sacaban a Nora desmayada de allí dentro. Al llegar aquí, hiciste una llamada. No sé si el tipo es tu prometido, pero el objeto de tu conferencia fue preguntar si todo había salido bien. Tú no sabías en ese momento que yo estaba junto a la ventana espiando porque te seguí desde el aeropuerto. Así es cómo están las cosas, y ahora te voy a dar un consejo, cenicienta. Colabora conmigo o te la ganas. Niégame tu ayuda y te aseguro que te van a pasar cosas.

Terminé mi largo discurso y ella dijo:

—Se equivocó de dirección, señor Forrest.

Ya había cometido su error. Le sonreí y ella empezó a palidecer.

De pronto echó a correr hacia el diván, donde estaba su bolso.

Salté del sillón como impulsado por resortes y corrí también.

Ella ya había cogido el bolso y lo estaba abriendo cuando la atrapé por detrás.

—¡Suélteme!

Le retorcí la muñeca y obligué a dejar la pistola en el bolso. Luego le di un empujón hacia el diván donde cayó, enseñando un trozo de muslo, porque su falda era muy corta. Se volvió hacia mí con el pelo cayéndole sobre la cara. Estaba muy atractiva.

—¿Qué quiere, señor Forrest?

—¿Dónde está Nora?

—No lo sé.

Me acerqué a la rubia y la cogí por el cuello. Con la otra mano saqué mi cuchillo de resorte y lo hice funcionar.

La rubia cenicienta vio el acero cerca de su piel y lanzó un chillido.

—¡No haga eso!

—Va a depender de ti.

—Le contestaré todo lo que quiera.

—¿Cómo te llamas?

—Eleonora.

—¿Para quién trabajas?

—Para Ismaili Karamarium.

—El armenio, ¿eh?

—Sí.

—¿Dónde está él?

—Es mejor que no lo encuentres. Te matará.

—Ya veremos si lo consigue.

—Es un hombre cruel.

—Yo también lo soy de vez en cuando.

En aquel momento sonó el timbre del teléfono.

Los dos lo miramos como si fuese un invento del día anterior.

—¿Es él? —pregunté.

—Probablemente.

—Vas a hablar con ese armenio del infierno, pero no trates de sugerirle que estoy contigo.

—Como tú quieras.

La dejé libre y fuimos juntos al teléfono. La abarqué por la cintura y me apreté contra ella.

—Dime, Ismaili —habló por el micro.

Pude oír perfectamente la voz del armenio.

—Todo salió bien. Uno de mis hombres habló con la Mac Callion Company. Están dispuestos a no presentarse en la subasta. Retendremos a Nora Cooper hasta que regresemos de Estambul. Te espero aquí, Eleonora. No te demores.

—Descuida.

Eleonora fue a agregar algo, pero corté la comunicación.

—Conque no sabías dónde estaba...

—Forrest, si te llevo allí, Ismaili me lo hará pagar. Hará rebanadas conmigo... Y no tienes nada que hacer. Tendrá bien escondida a Nora. Quiero decir, que si llamas a la policía, tampoco ganarás. Los policías irán a casa de Karamarium, y después de registrar tendrán que marcharse sin la muchacha.

—Iré solo contigo y Karamarium no me la pegará como a los polis.

—Pero Karamarium tiene allí una docena de hombres y ya puedes estar seguro de que todos ellos son asesinos, delincuentes.

—Conozco bien a la fauna.

—No, Kenneth, tú no conoces a los hombres de Karamarium. Son peores que otros que tú hayas conocido.

—Entonces ya estoy deseando echarles la vista encima... Andando, nena. Basta de charla.

Fue a coger el bolso, pero yo me hice cargo de él y la empujé hacia la salida.

Poco después viajábamos en el auto color crema. Ella conducía y yo estaba a su lado.

—Quiero decirte algo, Kenneth.

—¿Sí?

—Karamarium dijo que conseguiría esos vasos hititas aunque tuviese que matar a una docena de personas.

—Gracias por habérmelo dicho. Pero te diré un secreto, nena. Yo también estoy dispuesto a matar a doce personas por llegar a esos vasos. Al principio no me interesaron mucho, pero ahora cierto japonés y tu prometido me han abierto el apetito.

CAPÍTULO X

El armenio tenía una casa maravillosa, con mucho verde y una gran piscina. El tipo que estaba en la verja se quedó mirando el coche y corrió hacia una cabina.

Cuando llegamos ante la escalinata dos hombres nos estaban esperando arriba.

Yo estaba bien armado. Tenía mi pistola y la de Eleonora. Manejaba ésta en el interior del bolsillo derecho. No sabía de qué forma me iban a recibir.

De los dos fulanos, uno era feo y el otro guapo. Pero decidí desde el primer momento que no pasaría mis vacaciones con el guapo porque tenía más cara de asesino que el otro.

Al saltar del coche, cogí a Eleonora del brazo y subimos la escalinata.

El feo no hizo el menor gesto, pero el guapo sonrió.

—¿Qué quiere, amigo?

—Encontré perdida a esta muchacha y me dijo que la trajese aquí.

—Se cree gracioso, ¿eh?

—Tendría que oírme los sábados por la noche, después de beber un par de vasos. Es entonces cuando cuento los mejores chistes...

—Entonces entraremos en la casa y le daré los dos vasos a ver si está inspirado.

—Muy amable. Pero iremos detrás de ustedes. No conozco el camino.

—No hay inconveniente —dijo el guapo.

Hizo una señal a su compañero feo y nos precedieron.

El vestíbulo era grande y nos metimos en una habitación que había a la derecha.

Había grandes sillones, hermosos cuadros, un par de armaduras. Todo de lo más caro.

Un tipo estaba junto a un gran ventanal fumando un cigarrillo tan grande como una zanahoria. Tenía muy poco pelo sobre el cráneo y era alto, macizo, nariz cómo una berenjena y orejas de coliflor.

—¿Quién es el caballero, Eleonora? —preguntó.

—Kenneth Forrest.

—No te dije que vinieses con él.

—Lo siento, Ismaili, pero él me siguió desde el aeropuerto.

—Eres muy torpe, querida, aunque la culpa es mía por confiar en ti.

—Hice todo lo que pude.

—Ya basta. Hablaré contigo después.

Saqué la pistola de Eleonora y apunté a Karamarium.

—Espero que me haya llegado el turno.

—Oh, sí, desde luego —me sonrió sin perder la serenidad—. ¿Qué tiene que decirme, señor Forrest?

—Usted lo sabe bien. Quiero la chica.

—Se la devolveré.

—¿Le ha hecho algún daño?

—Yo no soy un criminal, señor Forrest. Sólo un comerciante. Trataba de impedir que la Mac Callion Company entrase en la subasta de René Godad. Pero, al parecer, me equivoqué de persona en el secuestro. Debió ser usted la víctima y no la señorita Cooper.

—Ya es tarde para rectificar.

—Estoy de acuerdo con usted, señor Forrest. Gerald, trae a la chica aquí, pero llevaos a Eleonora. No quiero verla. Ella es la culpable de que todo haya salido mal.

La rubia cenicienta se marchó con los dos fulanos.

En la habitación quedamos a solas el armenio y yo.

De pronto sonó un sonido metálico y del suelo brotó algo que envolvió a Karamarium. Cuando me fui a dar cuenta, aquel hombre había quedado encerrado en una especie de campana de plástico transparente. Me sonrió y dijo:

—Ha caído en la trampa.

—Es usted el que está en ella, Karamarium.

—Esto no es una trampa, señor Forrest, sino una jaula contra la

que no pueden las balas. Uno de mis hombres, la puso en marcha desde fuera.

—No le creo.

—Dispare.

Titubeé unos instantes y él rió.

—Ande, señor Forrest. Apúnteme al corazón y apriete el gatillo.

Hice un disparo.

La bala chocó contra la pared de plástico y rebotó.

Karamarium lanzó una carcajada.

—Ande, siga disparando, señor Forrest.

No valía la pena. Aquella pared de plástico era a prueba de balas. Dejé colgar la mano con la que manejaba la pistola.

—¿Cuál es su intención, señor Karamarium?

—Consigo todo lo que me propongo.

—Está bien. Va a conseguir los dos vasos hititas en la subasta porque imagino que también se las arreglará para retirar de la circulación a Ichiro Yoshida.

—Ahora podré ocuparme de él.

—¿Qué se propone hacer con Nora y conmigo?

—Los dejaré vivir.

—Gracias.

—Ciegos.

—¿Cómo ha dicho?

—Van a perder la vista.

—Espero que esté bromeando.

Karamarium rió otra vez.

—No, yo no bromeo.

—¿Por qué quiere cegarnos, Karamarium?

—Porque todo aquel que se interpone en mi camino lo paga.

Ahora dejó de sonreír y el rictus de sus labios y su mirada me trajeron a la memoria las palabras de Eleonora con respecto a que Karamarium era un hombre cruel. Sin embargo, yo pensé por mi cuenta que estaba loco.

—Karamarium —dije, pretendiendo ser jovial—. No hace falta que nos ciegue. Oí lo que le dijo a Eleonora por teléfono. Usted puede retenernos aquí hasta que se celebre la subasta. Por tanto, no nos tendrá como rivales. Luego, usted nos suelta y se acabó. Nora y yo volveremos a nuestro país y usted hará su negocio con los vasos

hititas.

—No acepto órdenes de nadie. Ya ha oído mi decisión, señor Forrest. Usted y Nora Cooper serán cegados por uno de mis hombres, por Nachio, un especialista. Ustedes permanecerán aquí hasta que se haya celebrado la subasta y luego quedarán libres... Les deseo un buen regreso a su país...

Apreté el gatillo de la pistola una y otra vez lleno de rabia, pero no conseguí nada. Las balas rebotaron en la campana de plástico, mientras Ismaili Karamarium reía como un condenado.

Finalmente arrojé la pistola contra aquella maldita armadura.

Entonces se abrió la puerta a mis espaldas, y el muchacho guapo dijo:

—Acabaste la diversión, Forrest.

Lo miré. Tenía una pistola en su diestra.

Se oyó un ruido metálico y la campana desapareció en el suelo. Ismaili quedó nuevamente libre.

Sin tener en cuenta que el guapo me estaba apuntando con la pistola, eché a correr hacia Karamarium.

—¡Cuidado, Gerald! —gritó Ismaili.

Deseé que Gerald disparase, porque también el armenio se llevaría balas.

Karamarium y yo caímos al suelo.

Fue hermoso tener aquel cuello entre mis dedos.

—¡Socorro, Gerald! —gritó y su voz sonó estrangulada porque lo apreté donde debía.

Gerald corrió hacia mí.

Sentí un golpe en mi cabeza. Todo empezó a girar a mí alrededor, pero no solté mi presa.

Vi cómo los ojos del armenio se agrandaban y su cara se ponía cárdena.

Otra vez el bastardo de Gerald me pegó en la nuca.

Un frío glacial me fue atenazando de la cabeza a los pies. Años atrás, en Canadá, tuve que atravesar un río cuyas aguas estaban congeladas, y ahora sentía la misma sensación.

Sin embargo, existía una diferencia entre ambas situaciones. El frío de ahora precedería a mi muerte. Había llegado al final.

CAPÍTULO XI

Unos dedos me acariciaron. Eran como seda.

Unos labios se posaron en los míos. Eran como pétalos de rosa.

Diez mil enanos golpeaban en mi cabeza. Era mi chichón.

—Kenneth —dijo Nora.

—Dame más medicina.

Me comprendió y me besó.

Para que no se retirase demasiado pronto, le puse una mano en la nuca.

—Kenneth —dijo—, debes pensar algo.

—Oh, sí. Debemos pensar en ti y en mí, en que estamos solos.

Nadie nos vigila. Aprovechemos el tiempo.

La besé otra vez.

Me apartó poniéndome las manos en el pecho.

—Kenneth, estoy hablando en serio.

—Y yo también.

Se levantó del borde del lecho, donde yo estaba tendido, y con ello se rompió el romanticismo, el encanto, y todas esas cosas que se rompen cuando la mujer dice basta.

Traté de incorporarme y me resultó tan difícil como si me encontrase sumergido en tierra pantanosa.

Estábamos en un dormitorio bien amueblado, pero tan sólo había una cama.

—Caramba —rezongué—. Hasta ellos pensaron que tú y yo hemos nacido el uno para el otro.

—Kenneth, ¿es verdad lo que me dijo Gerald?

—¿Qué te dijo ese guapo?

—Que nos van a sacar los ojos.

—¿Tú qué crees?

Ella rió aunque lo hizo de muy mala gana.

—Estoy segura de que Gerald nos quiso gastar una broma.

—Sigue creyéndolo.

Mi tono de voz debió de ser muy lúgubre porque se puso repentinamente seria, y dio una patadita en el suelo.

—Kenneth, no quiero que me dejen ciega.

—Claro que no harán eso. Tienes unos ojos demasiado hermosos.

Me levanté de la cama y estuve a punto de caer.

Ella llegó a tiempo de sostenerme. Su contacto me sentó mejor que un doble de complejo vitamínico.

La besé en el cuello, en la oreja.

Sentí que ella empezaba a ceder.

—Kenneth, mírame a los ojos.

—Ya te estoy mirando.

—Cuando salgamos de aquí, tú no me verás, ni yo te veré a ti.

Sentí una rabia enorme al pensar en Nora ciega, andando con un bastón, haciendo tic, tac, tic, tac, por la calle, rogando a un peatón que la pasase a la otra acera...

—No lo van a conseguir —dije.

—Sólo hay una forma de impedirselo. Huyendo de aquí, Kenneth.

—Ya puedes considerar eso como hecho.

—Oh, Kenneth, qué alegría me das...

Me aparté de ella y, a paso de carga, fui hacia la puerta. Traté de abrirla, pero estaba cerrada por la otra parte.

—No te preocupes —guiñé un ojo a Nora.

Avancé hacia la ventana y me detuve ante los cristales, desconsolado al ver los enormes barrotes que la protegían. La abrí, no obstante, y forcejeé en los barrotes.

—Son del mejor acero —dije—. ¡El cuarto de baño!

También tenía una ventana, pero lo mismo que la del dormitorio; estaba bien defendida por aquellos odiosos barrotes.

Regresé andando cansinamente junto al lecho.

—Lo siento, Nora, pero si no existe un subterráneo secreto y encontramos el botón que lo abre, me temo que no hay nada que hacer.

Se sentó en la cama y se puso a jugar con una pulsera.

—Es curioso —dijo.

—¿Qué es lo curioso?

—Mi pata de conejo... He estado siempre orgullosa de ella porque me ha dado la buena suerte.

—¿Cuántas patas de conejo tienes?

—Una.

—Si salimos de ésta, deberás comprarte media docena.

Acudí a su lado y vi su pulsera de colgantes. Uno de éstos era efectivamente una pata de conejo.

—Kenneth, todavía no me has contado cómo llegaste hasta aquí.

La rodeé por la cintura.

—Eh, ¿qué haces, Kenneth?

—Estoy muy débil y debo tenerte muy cerca. Así hablaré sin esfuerzo.

Le conté de qué forma me había valido para llegar hasta su prisión. Luego pregunté:

—¿Cómo te atraparon, Nora?

—Estaba ante el espejo, maquillándome, cuando me pusieron una pistola en la espalda. Era una mujer morena, de unos treinta y cinco años. Me dijo que debía obedecer. Si gritaba dispararía. Había otra mujer con ella. Me sacaron entre las dos. Tú estabas de espaldas. Había tenido la esperanza de que estuvieses vigilando la puerta, pero preferiste darle fuego a una rubia.

—Te prometo no dar más fuego a las rubias cenicientas. Desde ahora sólo prenderé los cigarrillos de las pelirrojas.

Acompañé mis buenos deseos con un beso en sus labios entreabiertos.

Entonces, se abrió la puerta y una voz dijo:

—Que aproveche.

Me volví. Era el guapo Gerald. Le acompañaba un tipo grandote que se cubría con un jersey de cuello alto. Tenía cara de hombre de las cavernas, con hocico muy saliente y frente hundida.

—Muuu —gruñó.

—Os presento a Nachio —dijo Gerald.

—¿Animal o vegetal? —pregunté.

—Muuu —dijo Nachio.

—No es una respuesta —le contesté.

Nachio levantó un puño grande como un camión de doce

toneladas.

El guapo Gerald rió:

—Estás enfadando a Nachio, Forrest.

—¿Qué pasa cuando eso ocurre?

Produce estragos en los seres humanos. Una vez recibió la orden de Karamarium para que hiciese un trabajo especial sobre un tipo. Cosa de nada. Sólo tenía que amputarle una mano. El fulano había tratado de robarle a nuestro patrón y escupió a la cara de Nachio. Eso enfureció a nuestro muchacho... Su víctima quedó muy estropeada.

Nora lanzó un grito de horror.

Le di unas palmadas en la espalda mientras decía:

—Gerald, no deberías decir esas cosas a la hora de comer.

—Nadie va a comer aquí.

—¿Qué clase de anfitrión es Karamarium? ¡Nora tiene hambre!

—Ya comerá después.

—¿Cómo va a comer después que la dejen ciega?

Sentí como Nora se estremecía entre mis brazos y la calmé con un beso en la comisura de la boca.

—Muuu —dijo Nachio.

—Eh, Gerald, ¿es que Nachio no aprendió otra palabra?

—Claro que aprendió muchas, pero le cortaron la lengua cuando tenía doce años.

—Entiendo, y eso creó en él una sed de venganza y por eso mutila a todo el que cae en sus manos.

—Caramba, es cierto. No había pensado en ello hasta ahora. Sabes mucho, Forrest. Con razón dijo el patrón que deberíamos tener cuidado contigo por si nos tendías una trampa.

Oí un ruido.

Alguien entró empujando una mesa con ruedas, pero en ella no nos traían el almuerzo. Era una fragua, y ya estaba en marcha. Entre los carbones encendidos había una larga barra de hierro.

Nachio hizo chascar los dedos y el tipo que rodaba la mesa detuvo ésta. Luego, el hombre sin lengua atrapó la barra, cuyo extremo estaba ya incandescente, pero no debió encontrar de su gusto porque volvió a dejarlo entre los carbones.

Gerald sonrió diciendo:

—Nachio estará preparado en unos segundos.

CAPÍTULO XII

Nachio sacó otra vez la barra y la escupió.

—Eso no se hace, puerco —dije.

—Muuu —me contestó.

No era nada original.

Gerald rió de aquel retazo de conversación que podía haberla firmado Emilio Zola, y preguntó como un barbero:

—¿Quién va primero?

—Tú, Gerald —le contesté—. Necesitas un corte de pelo más que nadie.

—Muy bien. Yo seré quien elija —contestó el guapo—. ¿De acuerdo, Nachio?

Nachio debió estar de acuerdo, aunque sólo soltó lo que ya había soltado muchas veces.

Gerald señaló hacia la cama donde estábamos Nora y yo.

—La chica primero.

—¿Por qué ha de ser la chica? —pregunté.

—Quiero que se te anuden las tripas, Forrest.

—Yo protesto.

—Rechazada la protesta.

—Quiero hablar con Karamarium.

—Ya no puedes hablar con él. Se marchó.

—¿Adónde?

—A Estambul.

—Entonces todos iremos a Estambul para que yo pueda hablar con él.

—No, Forrest. Tu viaje ha terminado aquí.

Me puse en pie y me dirigí hacia ellos gesticulando mucho.

—Karamarium tiene que saber algo más importante.

Naturalmente, yo no tenía nada que informar a Karamarium, lo que quería era acercarme al rubio. Éste iba a sacar la pistola de la axila y salté.

Logré mi objetivo, porque antes de que Gerald sacase el arma, le aticé un puñetazo en la mandíbula.

Mi pierna izquierda chocó contra la fragua y la tumbé.

En la habitación se armó la gorda.

—Muuu... —Gruñía Nachio enarbolando su barra al rojo vivo.

La abatió sobre mí, pero me aparté a tiempo.

La barra se hundió en el pescuezo de Gerald, el cual lanzó un chillido que podría haber vendido para la banda sonora de un filme de horror.

El aire se impregnó con el aroma de la carne asada.

Nachio quiso rectificar su fallo y se echó hacia atrás, justo al tiempo de recibir la puntera de mi zapato entre los dos muslos.

—Thurfayihzo —murmuró.

Demonios, sabía más de una palabra.

—¡Bravo! —le dije.

—Muuu —me contestó.

Otra vez volvía a lo mismo, pero también volvió a intentar clavarme la barra al rojo vivo.

Salté de lado y de nuevo falló.

Gerald se retorció en el suelo sin dejar de pegar alaridos.

El fulano que había traído la fragua sacó una pistola.

Yo atrapé a Nachio por el cuello y para ello tuve que dar un salto de campeón olímpico.

El tipo de la pistola puso en marcha dos balas.

Naturalmente, yo no podía recibir aquel plomo caliente porque me estaba sirviendo de Nachio como escudo.

Sentí como los proyectiles se enterraban en los rollos de grasa que rodeaban su estómago.

Nachio soltó la barra al rojo vivo, pero yo la cogí en el aire, y me tiré a fondo, como un mosquetero del rey Luis no sé cuántos.

El fulano de la pistola quedó ensartado.

Desorbitó los ojos, escupió unas palabras feas y se derrumbó.

La pistola vino a mi mano como si tuviese imán.

Ocurrió muy a tiempo porque llegaron dos tipos corriendo. Uno de ellos portaba una metralleta y me puse a disparar plomo a

discreción.

Los fulanos pegaron sendas volteretas en el aire y se derrumbaron.

—Nena —dije y Nora ya estaba a mi lado.

Salimos de la habitación a todo correr.

Desde el vestíbulo nos enviaron un obús que hizo un desconchado en la columna tras la que nos habíamos refugiado.

Di la respuesta y el canalla del vestíbulo se fue con sus antepasados.

Ya no tuvimos dificultad en ganar la salida.

En la cochera había un automóvil de marca alemana. Lo ocupamos, yo al volante y Nora a mi lado, y salimos de allí a todo gas.

Cuando estábamos camino hacia el aeropuerto, Nora apoyó su cabeza en mi hombro.

—¿Puedo decirte algo, Kenneth?

—Desde luego. Está abierta la ventanilla para las declaraciones de amor.

—No es eso, tonto.

—¿De qué se trata?

—La Mac Callion Company eligió bien al hombre que tenía que acompañarme a Estambul.

—Eh, ¿sólo piensas en esa operación?

—Ganaré mucho dinero.

—¿Cuánto?

—Un diez por ciento.

—Así que todo esto para ti sólo es un negocio.

—¿Qué más puede haber? —me sonrió astutamente.

Hice un gesto enfurruñado y entonces ella se irguió y me besó en la boca. Lo hizo muy sabiamente, tanto que estuvimos a punto de salirnos de la carretera, porque habíamos llegado a una curva.

—Apártate o nos matamos —dije por un resquicio de los labios.

—Ahora que empezaba a gustarme —dijo con el mismo tono de voz que debió emplear Cleopatra para seducir a Julio César.

—Nena, quiero que vuelvas a Nueva York.

—¿Por qué?

—Porque empezó la operación plomo caliente.

—Qué tontería. Ya nos libramos.

—Nora, no eres ninguna niña de quince años.

Ella inspiró profundamente para demostrar que no era una niña de quince años.

Esta vez me salí de la carretera, pero volví a ella antes de que el coche diese una vuelta de campana.

—Nora —dije con la voz súbitamente enronquecida—, ya hemos conocido a bastantes bastardos. Ese japonés, Ichiro Yoshida, quiere los vasos hititas... También los quiere el canalla de Ismaili Karamarium, y salí de dudas con respecto a su forma de trabajar. ¿Te imaginas la clase de subasta que se va a celebrar en Estambul?

—Vamos a ganar la subasta.

—Además de los vasos hititas, se va a subastar una cantidad de plomo para hacer una tubería de aquí al planeta Saturno.

—Tú te harás el amo.

—Celebro que confíes en mí, pero no siempre voy a tener la suerte de cara.

Ella me enseñó su famoso colgante. La pata de conejo.

—Tenemos esto. Ya te lo dije. Es lo que nos da suerte. No podemos fallar.

—Pero si fallamos, no tendremos una oportunidad para rectificar... Está decidido. Te vuelves a Nueva York. Yo continuaré hasta Estambul, ocuparé una de las habitaciones que René Godad nos ha reservado en el hotel Europeo, y me darás la credencial.

—Nadie me apartará del camino que me he trazado. Ni siquiera tú, Kenneth.

—¿Es qué no tuviste bastante con lo que pasó?

—Hemos salvado todos los obstáculos.

—Por puro milagro.

—Ya verás como ahora todo saldrá bien...

Era una chica optimista y sobre todo muy obcecada.

Llegamos al aeropuerto y dejamos el auto en el estacionamiento.

Cogí a Nora del brazo y entramos en la gran sala.

Había mucha gente.

—Nena, éste es un lugar estupendo para que nos envíen balas.

—Recuerda que ellos creen que nos quedamos ciegos en casa de Karamarium.

—El armenio lo puede creer, pero no el japonés.

Miré en la dirección que me señalaba. No era un oriental. Eran

tres y hablaban entre sí. En un momento determinado uno de ellos observó a Nora, pero quizá lo hacía porque no era racista y le gustaba la muchacha, que era un tipazo.

—Vámonos cuanto antes al avión —dije.

Minutos más tarde el *jet* corría por la pista llevándonos a nosotros a bordo, junto con otros noventa y cuatro pasajeros.

Íbamos a cubrir nuestra última etapa Roma-Estambul y podía ser un viaje sin regreso.

CAPÍTULO XIII

Estambul no se parece a ninguna otra ciudad del mundo. Tiene unas características propias que la hacen fascinante, deseable, sugestiva. Estambul es como una de esas mujeres con fama de viciosa, pero que, cuando la ves, estás dispuesto a pedirle que te eche los brazos al cuello.

Por regla general, con una mujer así, uno termina en el infierno. Demonios, no estaba muy acertado en mi comparación, pero no se me ocurrió otra mientras corríamos en un taxi por la ciudad hacia el hotel Europeo.

Yo había estado ya otras dos veces en Estambul, pero Nora hacía su primer viaje y por eso se había despreocupado de mí. Sus grandes ojos devoraban todo lo que veía a su paso.

—Esto es maravilloso, Kenneth...

—Lo es y se me está ocurriendo una idea. Te proporcionaré un guía y te dedicarás a hacer turismo por la ciudad.

—Nada de eso. Se me ocurre otra idea mejor... Después de la subasta, nos quedaremos un par de días.

—Oh, sí, podremos quedarnos en el cementerio.

—Kenneth, no es posible que seas tan pesimista.

—No lo soy ni pizca. Estaba recordando a nuestros amigos Karamarium y Yoshida.

Me apretó el brazo mientras decía sonriente:

—Tú serás el vencedor.

—Grábalo en mi lápida, si logras salir con vida.

—Kenneth, por favor...

Llegamos al hotel Europeo y, en el registro, un tipo que vestía traje blanco con bigote recortado y ojos de víbora nos saludó efusivamente, y nos preguntó qué tal había sido nuestro viaje.

El empleado nos estaba dando una muestra de su sentido del humor, pero continuó sonriendo, porque se limitaba a cumplir con su deber de buen posadero.

Fuimos a nuestras habitaciones. Eran hermosas, amplias, y con unos grandes ventanales, desde donde se podía ver un exótico trozo de Estambul, algo así como el escote de Claudia Cardinale, que da una idea de lo que es Claudia sin verla por completo.

Había una puerta comunicante entre la habitación de Nora y la mía. Ya habíamos acordado la señal para anunciarnos una emergencia. Tres golpes secos.

Estaba tomando mi ducha cuando oí un golpe.

Justamente tenía el jabón encima y deseé con todas mis fuerzas que no sonase el segundo golpe, pero sonó.

Abrí el grifo del agua y ésta cayó con fuerza sobre mi cabeza cuando llegó el tercer golpe.

Pegué un salto y estuve a punto de caer, porque di un resbalón antes de atrapar la toalla.

Atravesé la habitación, di la vuelta a la llave, y casi me di de bruces con Nora que estaba en la otra parte con los brazos cruzados.

Apenas había tenido tiempo de anudarme la toalla y se me caía.

—¿Qué pasa, Nora?

—Sólo quise hacer una prueba.

Habría soltado una retahíla de maldiciones, pero sentí un gran picor en los ojos.

—Nora, no juegues con esto.

Se acercó, me tironeó de una oreja y me estampó un beso en los labios.

—Eres un detective muy eficiente.

—Más —dije.

Ella retrocedió haciendo un mohín con los labios.

—Sabes a jabón, Kenneth.

La escena no era nada romántica, de modo que me volví a mi cuarto, cerré la puerta y dos segundos después otra vez estaba bajo la alcachofa.

Me sequé concienzudamente y me puso un traje ligero.

Se abrió la puerta y, dándome mucha prisa cogí la pistola que había dejado sobre la cama.

En el hueco había un tipo pequeñajo y de mejillas chupadas.

Miró el arma y chasqueó la lengua con reconvención.

—No haga eso, amigo —dijo.

—Preséntese. ¿Quién es?

—Un enviado de René Godad.

—Demuéstrelo.

—Mi nombre es Roger Chapsal.

—Eso no prueba nada.

—El señor Godad les da su más cálida bienvenida.

Otra vez sonaron los tres golpes en la puerta de comunicación.

—Entre en la habitación, Chapsal, o como quiera que se llame.

El pequeñajo entró protestando.

—Esto no me gusta nada.

Abrí la puerta de comunicación y Nora saltó colgándose de mi cuello.

—¡Un hombre, Kenneth...!

Miré a la otra estancia y vi a un tipo muy parecido a Chapsal, aunque de hombros un poco más anchos.

Roger Chapsal rió.

—Es mi primo.

—¿Y quién es su primo?

—François Orvain.

—¿Todos ustedes son franceses?

—Sí, señor.

La joven exclamó:

—¡Entró en mi apartamento sin llamar y eso quiere decir que tiene una llave maestra!

Roger Chapsal enseñó una ganzúa.

—A François y a mí nos gusta presentarnos por sorpresa.

Nora exclamó:

—Pudo llegar un poco antes, ¿y cómo me habría encontrado?...

Entonces me di cuenta de que ella estaba en combinación. Vigilando a Roger y a François, no había tenido tiempo para echarle una sola mirada y palabra que valía la pena porque tenía tanto que exhibir como Claudia Cardinale.

Su piel era cremosa, tibia, en fin, un verdadero fenómeno.

—Nena —dije haciendo un esfuerzo para mantenerme sereno—, vinieron a darnos la bienvenida en nombre de su patrón, René Godad.

—Son muy amables —trató de sonreír Nora.

Roger Chapsal dijo:

—El señor Godad les invita esta noche a cenar en su villa.

—¿Dónde es?

—No se preocupen. Nosotros vendremos a por ustedes.

—¿A qué hora?

—A las siete.

Nora hizo un gesto afirmativo, ya más tranquila.

—Dígale al señor Godad que aceptamos gustosamente su invitación.

Chapsal hizo una señal a François.

—Vámonos, muchacho.

—Esperen un momento —dijo Nora—. ¿Qué hay de la subasta?

Roger Chapsal se encogió de hombros.

—El jefe no agregó nada a la invitación.

—Pero nosotros vinimos por la subasta.

—Todo a su debido tiempo, señorita Cooper.

Los dos hombres salieron de la habitación, primero François y luego Chapsal.

Nora quiso apartarse de mí, pero yo la tenía bien sujeta, y para variar, la besé en el cuello.

En aquel momento, el teléfono se puso a sonar. ¿Por qué los teléfonos son siempre tan inoportunos?

—¿Sí? —Dije por el micro.

—¿Qué tal, señor Forrest? Soy Ichiro Yoshida.

—Hola, bastardo. Pensé que Karamarium lo habría retirado de la circulación.

—Yo pensé lo mismo de ustedes, pero esto confirma mi idea de que Karamarium ha envejecido mucho.

—¿Sólo quería hablarme de eso, Yoshida?

—Tengo una oferta para usted.

—¿Otra?

—Le pagaré cincuenta mil dólares. Se lo pueden repartir usted y la señorita Cooper... Sólo tienen que estarse quietecitos. Quiero decir que no deben aceptar la invitación de René Godad.

—Llega tarde. Ya la aceptamos.

—Pero ustedes pueden tener otros compromisos.

—Sólo tenemos un compromiso. El de René Godad.

—Renuncie, señor Forrest.

—No hay nada que hacer, Yoshida, y le voy a hacer una advertencia. No intente de nuevo retirarnos del juego o acabará con mi paciencia.

—Usted también ha acabado con la mía —dijo Yoshida, y colgó. Nora estaba a mi lado.

—¿Qué fue lo que te dijo, Kenneth?

—Más amenazas, pero antes hizo una oferta. Cincuenta mil dólares para los dos, si nos olvidamos de esos vasos hititas.

—Ni hablar.

—Fue lo que le dije, pero tengo la impresión de que he hecho el peor negocio de mi vida.

—Cariño —sonrió poniéndose de puntillas y ofreciéndome su boca, le diste la respuesta que merecía.

La besé y ella me rodeó el cuello con sus largos brazos. Un premio así era lo que yo necesitaba por mi magnífico comportamiento. Desde ahora podrían llamarme: «El Tonto Caballero Dispuesto a Servir a su Dama».

Un capitán de policía que no me tiene mucho afecto me dijo cierta vez que yo debería haber nacido en el siglo XVI, todo lo más en el XVII. Lo consideré un insulto hasta saber cómo vestían las damas del siglo XVI y del XVII. No usaban minifalda y, para compensar, inventaron lo del miniescote, y váyase lo uno por lo otro.

Bueno, pues ahora Nora Cooper participaba del gusto de aquellas damas por la parte de arriba, y del de las de nuestro tiempo por la parte de abajo. Era una combinación preciosa.

Todo se echó a perder cuando sonó de nuevo el timbre del teléfono.

—Cariño —dijo Nora—, ¿no vas a contestar?

—No, nena, no pienso hacerlo en la próxima media hora.

—Kenneth, podía ser importante.

—Como tú quieras —rezongué y cogí el micro—. ¿Se ha incendiado el hotel? —Ladré.

—¿Qué le pasa, señor Forrest? ¿Está nervioso?

Era nuestro segundo rival, Ismaili Karamarium.

—Es usted quien debe estar nervioso, hijo de una mula ciega —le respondí.

—Oh, no, de ninguna forma. Estoy muy tranquilo, aunque admito que sufrí una gran contrariedad cuando supe que ustedes se habían marchado de mi casa de Roma dejándola perdida de muertos.

—Pensé que la policía italiana lo había encerrado por ensuciar la ciudad.

—La casa no estaba alquilada a mi nombre.

—Oh, sí. No tenía en cuenta que ustedes utilizan un montón de marionetas para que nunca puedan ser atrapados.

—Señor Forrest, no hablemos del pasado. Me produce tristeza.

—Yo no tengo la culpa de que no conociese a su padre.

—Señor Forrest —dijo y su voz sonó ronca porque ya había dejado de reír— sería mucho mejor para usted que me escuchase...

—No, Karamarium, no lo voy a escuchar porque ya sé todo lo que me va a decir.

—Voy a consentir que entre en la subasta.

—¿Cómo?

—Pueden ustedes pujar por los vasos hititas. ¿Lo entiende ahora?

—Lo entendí a la primera, Karamarium, pero no comprendo por qué de pronto se vuelve tan bondadoso.

—Es la mar de sencillo... Esos vasos valen la pena que yo haga una inversión. Por tanto, lo que yo ofrezca será más de lo que ustedes están autorizados a dar. Me llevaré honradamente los vasos hititas.

—Enhorabuena.

—Sólo quería tranquilizarles.

—Se me están llenando los ojos de lágrimas, Ismaili. ¡Es usted tan bueno...!

—Hasta la noche, señor Forrest.

Luego colgó.

—¿Qué pasa, Kenneth? —dijo Nora—. ¿Han puesto una bomba en el hotel?

—¿Por qué no? —le contesté empujándola hacia su habitación—. Será mejor que nos marchemos cuanto antes. Karamarium se ha convertido en un *boy-scout*, y tengo experiencia con respecto a los tipos como él. Si pretenden ir por el buen camino, es cuando resultan más peligrosos.

Cinco minutos más tarde, salimos del ascensor y sonó una tremenda explosión.

El vestíbulo se llenó de chillidos. Un empleado bajó la escalera tambaleándose, los ojos en blanco.

—¡Ha sido en la habitación 322...! La puerta salió volando...

Echarnos a andar, porque Nora y yo no quisimos oír más. La habitación 322 era la mía.

CAPÍTULO XIV

Un vendedor callejero me ofreció un látigo. Le dije que no me interesaba y entonces me cogió por las solapas de la chaqueta.

Un tipo tocado con un fez me dijo:

—El vendedor le dice que el látigo es bueno para que le obedezcan sus mujeres... Su inversión, a la larga, le será beneficiosa.

—Muy amable, pero todavía no me casé.

—El vendedor dice que uno debe tomar precauciones, porque los occidentales se pueden encontrar con un problema en el momento más inesperado. Se refiere a que un occidental no hace falta que se case para tener muchas mujeres.

Mi informante era de talla mediana, de párpados caídos.

—Permítame que me presente —dijo—. Soy Chuck Daniels. Inglés.

Nora me clavó los dedos en el brazo. Con ello quería decirme que no debía hacer amistad con el llamado Chuck Daniels. Probablemente, se trataría de un enviado de Yoshida o Karamarium. Estábamos en una calle donde difícilmente se podría dar un paso, una especie de zoo donde se vendía de todo, hasta cuchilladas por la espalda.

—Hasta la vista, señor Daniels. Tenemos prisa.

—Espere un momento... Puedo serle de más utilidad que el látigo.

—¿Por qué cree eso, señor Daniels?

—Usted y su joven esposa andan a ciegas por esta ciudad, y eso es algo que no deben hacer...

—En primer lugar, no es mi joven esposa, y en segundo término, dígame por qué no podemos ir por ahí.

—Estambul es una ciudad peligrosa.

Me acordé de la bomba.

—Oh, sí, desde luego, estoy de acuerdo, señor Daniels..., pero no necesitamos un guía.

—Yo estoy convencido de lo contrario.

—¿Y por qué lo cree?

—Porque dos hombres lo están siguiendo y por su aspecto, no creo que los hayan contratado como guardias personales.

—No. ¿Cómo son?

Daniels sonrió:

—Amigo mío, llevo quince años en Estambul. Conocer una ciudad como ésta exige mucho tiempo, yo vivo de vender mi experiencia y últimamente los negocios no me fueron muy bien.

—¿Cuánto me va a costar su estimable ayuda?

—Pongamos cien dólares.

—Se cotiza muy caro, Daniels.

—Me temo que se trata de una emergencia.

—No estoy seguro de que no me pretenda engañar. ¿Y si usted estuviese de acuerdo con esos dos tipos?

—¿Supone que es un truco, y que esos dos hombres están a mi servicio?

—Señor Daniels, también en Nueva York hay gente que se cree muy lista.

—Oh, no, amigo. Deseche esa idea. No tengo nada que ver con esos dos fulanos. Se lo aseguro.

—Está bien. Queda contratado por cien dólares.

—¿Quiere decirme ahora su nombre, patrón?

—Kenneth Forrest.

—Le daré un consejo, señor Forrest, y debe seguirlo.

—Escúpalo.

—Vaya al café que hay al final de la calle, en la esquina... Se llama La Francesa. Entre allí con su chica y ocupen una mesa del fondo.

—¿Y qué más?

—Lo otro corre de mi cuenta.

No sabía si aquel tipo me estaba tendiendo una trampa. Miré a mí alrededor. Vi a mucha gente, pero no descubrí a los dos fulanos que, según él, nos estaban siguiendo. Sin embargo, era normal que

eso ocurriese tal como estaban las cosas. Yoshida y Karamarium no querían de ningún modo que participásemos en la subasta de René Godad. Pensé que no costaba nada probar. Bueno, me costaba algo, cien dólares.

—Trato hecho, Daniels.

—Pague ahora su dinero.

—Ni lo piense. No le daré un centavo hasta que me haya demostrado que sus servicios valen ese dinero.

Daniels dio un suspiro.

—¿Por qué la gente es cada vez más escéptica?

—Yo se lo diré, Daniels, porque cada vez inventan más cosas para sacar el dinero al prójimo.

—Está bien. Vayan al café y me reuniré con ustedes más tarde.

Se apartó de nosotros sumergiéndose entre la gente.

—Kenneth —exclamó Nora—. Nos ha dejado solos.

—Sí, quizá sea lo mejor. No estoy muy seguro de su honradez... De todas formas, iremos a ese café.

—Eres un ingenuo. No podemos ir allí.

—Echaremos un vistazo.

Seguimos andando por la calle.

Nos ofrecieron bolsos de todos los tamaños, y de todas las formas, alfombras multicolores, pescados grandes y pequeños, en fresco y salados, pero rechacé las ofertas.

Por fin llegamos a la esquina donde estaba instalado el café La Francesa.

La atmósfera estaba llena de humo, y olfateamos como mil olores distintos.

La clientela estaba formada por una abigarrada muchedumbre procedente de los cinco continentes, pero cosa curiosa, todos se habían puesto de acuerdo para gritar. Daba la impresión de que estaba ventilando el gran negocio de su vida, a juzgar por sus gestos dramáticos, sus ojos salidos de las órbitas, sus carcajadas histéricas... Lástima que en París haya treinta mil pintores y en Estambul tan pocos, pero, claro, para pintar una porquería abstracta no hace falta viajar.

Una bonita camarera con pantalones bombachos y un chalequito muy mono, con el estómago al aire y grandes aretes en las orejas, nos hizo una señal desde el fondo. Fuimos hacia ella y me pregunté

dónde nos colocaría porque allí no se veía sitio por ningún lado. Sin embargo, lo encontró. Había un tipo que dormitaba sobre una mesa, quizá porque él ya había ventilado el gran negocio de su vida.

La camarera utilizó un medio muy suave para apartarlo. Le soltó un empujón y el tipo se fue rodando por el suelo. Al levantarse se restregó los ojos, soltó un gruñido y se marchó.

Mientras tanto, la camarera estaba limpiando la mesa. Nos sentamos en sendas sillas y pedí a nuestra hada madrina que nos sirviese *whisky*.

Ella me obsequió con una sonrisa y se fue por los vasos.

—Kenneth —dijo Nora—, nunca pude imaginar que hasta aquí hicieses una conquista.

—Eh, yo no hice nada.

—Eso es lo malo, que tú pones el tipo y ellas hacen lo demás.

La camarera volvió a la mesa y, al poner los vasos de *whisky*, me rozó con el brazo. Yo le sonreí y ella me devolvió la sonrisa con un gruñido.

Por debajo de la mesa, Nora me soltó una patada en la espinilla.

—¿Qué pasa, Nora? —pregunté.

—Allí está nuestro hombre.

—¿A cuál de ellos te refieres?

—¿A cuál va ser? Al único que conoces, a Daniels...

—Entonces, los otros dos también deben estar aquí, suponiendo que Daniels no sea un pillo de siete suelas.

La camarera me volvió a golpear el brazo.

—Señor, tengo perfume.

—Sí, ya lo noté.

—Me refiero a perfume embotellado. Lo vendo muy barato... Si esta noche quiere venir a mi casa, podrá ver mi mercancía... Calle Laroque, 22, tercera puerta.

La muchacha me hizo otro guiñito y se marchó.

—No he visto mayor cínica en todos los años de mi vida —exclamó Nora—. Debió suponer que soy tu esposa.

—No pudo suponerlo por la sencilla razón de que no te vio el anillo.

—Espero que no vayas a su casa.

—Nunca hago planes a destiempo.

—No puedes ir a ver su mercancía —dijo con los dientes

apretados—. Somos los invitados del señor Godad.

—Bueno, siempre he dicho que hay tiempo para todo.

Estaba buscando con la mirada a Chuck Daniels. Si no me equivocaba, dos asesinos podrían estar cerca de nosotros, listos para enviarnos definitivamente al otro mundo.

Nora tomó su vaso.

—No bebas, Nora.

—¿Por qué?

—Quizá ahí esté el motivo de que la camarera se haya sentido fulminada por mis encantos.

—¿Quieres decir que ella te estaba distrayendo para que bebamos veneno?

—Todo es posible en Estambul.

De repente, un tipo se inclinó sobre nuestra mesa. Se subió la manga y me enseñó la muñeca llena de relojes y pulseras que parecían de oro.

—No me interesa —dije.

—Cuestan la mitad que en Europa. Puede elegir la que quiera.

—No, gracias —repetí.

—No se ha fijado bien, señor. Es una gran oportunidad para usted. Oro de 24 kilates...

—A mí me interesa ese de mujer. —Nora alargó la mano.

Yo la atrapé por la muñeca.

—No toques la pulsera, Nora...

El hombre hizo un movimiento con su brazo adornado con las baratijas.

Le cogí la otra mano y se la moví hacia las pulseras.

De pronto, lanzó un grito.

—¿Qué le pasa? —exclamó Nora.

El individuo tenía los ojos desorbitados, se tambaleó y cayó en el suelo. Allí se movió como una lagartija, pegando coletazos, y finalmente quedó inmóvil.

—La cadena tenía un aguijón envenenado, Nora.

—¿Cómo lo supiste?

—Te dije que estuve antes dos veces en esta ciudad... A un amigo mío lo despacharon con el truquito.

La gente no había dado demasiada importancia a que un hombre se derrumbase en aquel local, lo tomaban por un borracho. Por eso

no me extrañó que otro tipo se acercase. Le podía ver una mano, pero no la otra que la guardaba en el bolsillo.

Me levanté cuando ya estaba cerca de mí y le solté un patadón en el bajo vientre. Entonces sacó la mano que escondía, con la que manejaba un hermoso cuchillo árabe, de hoja plateada.

CAPÍTULO XV

Creí que yo tenía todas las ventajas, pero cometí un error. No vi su mano libre y me golpeó con ella en la nariz.

Choqué contra el hombre que estaba sentado a mi espalda y por esa razón no pude ir demasiado lejos.

Nora chilló, pero entre aquel marmagnum de voces no fue escuchada por nadie.

El asesino esbozó una sonrisa y me dirigió el acero hacia el estómago.

Chuck Daniels surgió por detrás y fue digno de verse lo que ocurrió. Hizo una extraña llave con el brazo del asesino, y el cuchillo inició una curva hasta enterrarse en el propio estómago del que lo esgrimía.

Luego, Daniels terminó su número de una forma maravillosa. Apoyó el cuerpo de su víctima sobre una mesa y tuvo el gesto macabro de ponerle en la mano mi vaso de *whisky*. Se puso a palmearle en la espalda mientras decía:

—Disculpe que no le avisase sobre el tipo de las pulseras, pero me pilló demasiado lejos...

Nora se puso una mano en la boca.

—Por favor, Kenneth, sácame de aquí.

Era demasiado para ella.

¿No se lo dije a ustedes? Estambul es una ciudad excitante.

Salimos tranquilamente del café dejando a dos tipos muertos cerca de nuestra mesa.

La camarera me atrapó junto a la salida.

—¿Se acuerda de mi dirección?

—Sí, claro.

—Mi nombre es Zore.

—No te olvidaré fácilmente, Zore.

Nora me miró con un gesto hosco.

—¿Cómo es posible que pienses en el amor después de la experiencia que acabamos de pasar ahí dentro?

—Nena, hay cosas que ayudan bastante a olvidar los malos ratos.

Chuck Daniels se frotó las manos.

—¿Me da los cien dólares, señor Forrest?

El inglés de los ojos de cocodrilo había probado su eficiencia.

Saqué dos billetes de cincuenta dólares y se los di.

—Muy honrado, señor Forrest.

—Quiero que sigas a mi servicio, Daniels. Queremos que nos cuides como hasta ahora.

—Trato hecho. Pero dígame, ¿quién es su enemigo?

—Tenemos dos para elegir... Pero ¿no será mejor que nos alejemos de aquí?

—Sí, desde luego. Conozco un lugar en donde estaremos más tranquilos.

Nos llevó a un salón de té, cuya clientela parecía de mayor nivel intelectual que la del café La Francesa.

—¿Quiénes son esos dos enemigos? —preguntó Daniels cuando nos hubimos acomodado.

—Ismaili Karamarium.

—Debí suponer que Karamarium estaría detrás de este asunto...

—¿Por qué lo debiste suponer, Chuck?

—Porque Karamarium está relacionado con todos los negocios sucios que se organizan en Estambul... ¿Cuál es el asunto de ustedes?

—Vasos hititas.

—Arqueología, ¿eh?

—Sí, pero también hay otro tipo, Ichiro Yoshida.

—El japonés sin entrañas —comentó Chuck.

—Lo has definido muy bien.

—¿Me puede contar la historia completa?

—No hay inconveniente.

Le hice un relato de la aventura y él escuchó atentamente, bebiendo su té a pequeños sorbos.

—Señor Forrest —dijo—, quiero que me dé su permiso para

asesinar a Karamarium y Yoshida.

—¿Asesinarlos?

—Lo intentaría... Si me diese diez mil dólares yo contrataría a tipos que manejan bien la pistola y el cuchillo.

—Olvídate de eso, Daniels.

—En Turquía hay un proverbio, señor Forrest: «Paga con la moneda que te pagan»...

—Nora y yo no hemos venido a Estambul para convertirnos en criminales.

—No están en su país, señor Forrest. Aquí basta cerrar los ojos unos segundos, y pasan las cosas más insospechadas... Por ejemplo, si ustedes deciden dormir podría suceder que al despertar se encontrasen con que Ismaili Karamarium y Yoshida están preparados para ocupar el primer papel en un funeral.

—Considero que eres demasiado optimista. No creo que Karamarium y Yoshida se dejen balear o acuchillar tan fácilmente.

—No, desde luego no sería fácil. Por eso le pedí los diez mil dólares.

—Daniels, somos demasiado occidentales y no lo podemos remediar... Estambul todavía no influyó tanto en nosotros como para cambiar nuestra forma de pensar con respecto a la legalidad del asesinato. Así las cosas, sólo te contrataré para que hagas una investigación acerca de Karamarium y Yoshida. Trata de saber quién va a matar a quién, y sobre todo cuándo. También necesitaremos protección para escapar de la casa de René Godad cuando hayamos conseguido los vasos hititas...

—¿Quiere decir que pagarán por esos vasos más que nadie?

—A eso hemos venido.

Chasqueó la lengua.

—Está bien, señor Forrest.

—Te pagaré otros cien dólares.

—Doscientos.

—Eres un condenado mercachifle.

—Mi trabajo no será sencillo. Tendré que ser como una sombra, porque si me ven el cuerpo, me convertirán en un despojo.

Daniels tenía razón.

Saqué otros cien dólares y se los di.

—La otra mitad cuando tengamos los vasos hititas... Nos

alojamos en el hotel Europeo.

—No se preocupe. Me reuniré con ustedes en el momento oportuno... Ahora debo ir a realizar mi trabajo.

A continuación, nos hizo un saludo y salió del local.

Nora había bebido su té hasta la última gota.

—Kenneth, ¿por qué no te casaste? —preguntó de pronto.

Cuando una mujer hace esa pregunta, uno debe adoptar muchas precauciones.

Hay una respuesta tópica: «La razón es muy sencilla, querida, porque no te encontré antes».

Pero resulta doblemente peligrosa, hermano.

Lo mejor es decir: «La vida del matrimonio no se ha hecho para mí». Sin embargo, tiene sus desventajas. La chica puede levantarse bruscamente y decir: «Muérete, Kenneth». La primera respuesta sólo se debe dar a una mujer casada. Con ellas es distinto. Pero no quiero dar aquí consejos que podrían ser considerados como altamente inmorales o corrosivos. Lo importante es que yo estaba soltero y que Nora era soltera.

—¿No me has oído, Kenneth? —me recordó.

—Oh, sí, desde luego.

—Contesta, ¿por qué no te casaste?

Tomé una de sus manos entre las mías, y la miré fijamente a los ojos.

—Nora.

—Dime.

—Llevo una tragedia sobre mis hombros.

—¿En qué consiste esa tragedia?

—Me enamoro de todas mis clientes.

—Canalla.

—¿Qué culpa tengo yo? Es cosa de los astros...

—¿Qué va a ser cosa de los astros? Es cosa de la piel, y con eso quiero decir que eres un caradura.

—Tranquilízate, querida. Tenemos un gran trabajo.

Se levantó, e irguiendo la barbilla, dijo con orgullo:

—Puedes enamorarte de mí todo lo que quieras, pero has de saber una cosa. Yo no estoy enamorada de ti.

Salió con dignidad del salón de té, y yo tuve que pagar con rapidez y salir tras ella.

—Eh, Nora, no quiero que andes sola un par de metros. Recuerda al del cuchillo, a los del veneno, a los del karate, a los de la bomba...

Sentí que se estremecía y buscó refugio en mi pecho.

La llevé a pasar el resto del día a un lugar muy hermoso, a orillas del Bósforo. Pesqué el pez que nos sirvieron, aderezado con una salsa muy sabrosa, y bebimos vino de Esmirna, cosecha 1937.

El sol se estaba aproximando a su ocaso.

A nuestro alrededor se besuqueaban algunas parejas.

Los barcos iban y venían haciendo sonar sus sirenas y sus poderosas máquinas.

—¡Kenneth! —exclamó Nora—. ¡Yoshida!

El japonés se dirigía, sonriendo, hacia nosotros.

Me levanté cuando se detuvo ante nuestra mesa y le dije:

—Le voy a tirar con los peces, sapo.

—Señor Forrest, observo que está usted muy disgustado.

—No lo puedo felicitar por su sagacidad, Yoshida. Dos hombres intentaron asesinarnos en el café La Francesa.

—No eran empleados míos.

—Oh, sí, claro. Ahora recuerdo que tampoco usted tuvo nada que ver con los otros asesinos.

—Desde luego.

—Y aquellos dos orientales que dejé fuera de combate en París no fueron realidad, sino un sueño nuestro...

—Oh, no, asumo la responsabilidad de aquel incidente. Pero Togo y su compañero sólo tenían una misión. La de impedir que usted siguiese adelante, quiero decir que se habrían contentado con pegarle una paliza...

—Y con romperme algún hueso.

—Es posible.

—También va a ser posible que yo rompa los huesos de usted.

Yoshida miró a su espalda.

—No se lo aconsejo, señor Forrest. Vine acompañado por algunos de mis hombres.

Efectivamente, vi un poco más allá a dos orientales como Togo y como Yoshida.

Yoshida atrajo una silla hacia sí y se sentó.

—Ahora vengo en son de paz.

—¿Espera que lo crea? —Sonreí con sarcasmo sentándome también.

—Quiero llegar a un acuerdo con ustedes. Ya sabe, formaremos sociedad para luchar contra Karamarium.

—No hay trato, Yoshida —dije.

—Debe ser sensato, señor Forrest. Usted soto no va a conseguir los vasos hititas. Necesita mi ayuda.

—Podemos pasar sin su colaboración.

—Hasta ahora se libraron de Karamarium por puro azar, quizá porque el armenio le subestimó a usted, señor Forrest. Ahora Karamarium estará a punto de poner toda la carne en el asador.

—Si lo hace, me encontrará preparado.

—No quiero proponerle que matemos a Karamarium. Tal como están las cosas, no tendremos tiempo, puesto que la subasta se celebrará esta noche.

—¿A qué vino, entonces?

—A que subastemos juntos de acuerdo con nuestros intereses. Quiero decir que ninguno de nosotros debe pasar del medio millón. Así estaremos seguros de conseguirlo. Luego, nos repartiremos los beneficios.

—¿Qué beneficios?

—Tengo ya un comprador de los vasos que está dispuesto a pagar un millón. Así pues, habrá quinientos mil dólares de ganancias que nos repartiremos entre nosotros. Doscientos cincuenta mil dólares para cada uno.

Nora fue a protestar. Yo sabía lo que iba a decir: «No cuente con nosotros, señor Yoshida», y la interrumpí:

—Está bien, Ichiro. Haremos el negocio juntos. Ninguno pasará del medio millón.

Nora fue a gritar, pero le hice un gesto imperioso para que callase.

—La señorita Cooper espera de usted que no falle, que mantenga su palabra.

Yoshida se levantó de la silla.

—Seguiremos hablando después de la subasta.

—De acuerdo, señor Yoshida.

Titubeó para alargarme la mano, pero finalmente decidió no hacerlo, y se largó con sus dos esbirros.

Entonces, Nora dijo:

—Eres el más sucio traidor que he conocido.

—Calma, Nora.

—Y un rábano me voy a calmar. Tú y yo hemos terminado.

Fue a alzarse, pero le puse la mano en el hombro.

—Tuve que engañarle.

¿Qué?

—Le mentí, porque él también está dispuesto a engañarnos.

¿Qué trabajo me costaba decirle que estamos de acuerdo?

—¿Quieres decir que trama algo?

—De eso estoy tan seguro como que tú eres la mujer más guapa de esta parte del Bósforo.

—¿Por qué no has dicho de toda Turquía?

—Porque me he acordado de pronto de Zore, la camarera del café La Francesa, y ella tampoco está nada mal.

Nora cogió el salero para tirármelo a la cabeza, pero yo se lo impedí y, cuando fue a abrir la boca para insultarme, la besé. Después de todo, era lo más natural, puesto que, a nuestro alrededor, las parejas continuaban besándose.

CAPÍTULO XVI

Nos encontrábamos en el hotel Europeo. Mi cuarto había quedado reducido a escombros, pero el de Nora sólo había sufrido pequeños daños. No obstante, nos habían dado nuevas habitaciones, pero no nos quedamos mucho tiempo en ellas, sólo el indispensable para cambiamos de ropa.

No era probable se segundo zambombazo, pero todas las precauciones eran pocas.

Estábamos bebiendo martinis, sentados en sendos taburetes del bar.

Un compatriota nuestro de Brooklyn, un tipo chato, que había tenido que huir de nuestro país, acusado de bigamia, era el barman, y respondía al nombre de Thomas Carlson.

—Mi historia es muy triste —nos decía—. Yo quería a mis dos mujeres. Sí, señor, las quería con todas mis fuerzas. ¿Qué culpa tengo yo si tengo un corazón tan grande?... Por eso, cuando salí de allí, me dije que iría a un país donde tendría libertad para que una cosa como ésa no estuviese tan mal considerada. Les dije a mis dos chicas que viniesen y, lo que son las cosas, sólo vino una. La otra me contestó: «Que te zurzan».

Yo, en cambio, me quedé muy serio porque acababa de descubrir a los dos hombres que trabajaban para René Godad; Roger Chapsal y François Orvain.

—Buenas noches, señorita Cooper —dijo Chapsal.

—¿Qué tal, Roger?

—Be primera. ¿Están ya dispuestos para venir con nosotros?

—Sólo hacíamos tiempo bebiendo unas copas.

—Pues andando. El señor Godad nos espera.

Viajamos en un coche americano color negro. François manejaba

el volante. Nora se había puesto un vestido de noche color verde que se sujetaba desafiando a la ley de la gravedad, y estaba muy hermosa con sus hombros desnudos.

Tras veinte minutos de carrera, llegamos al final de nuestro viaje.

La luna rielaba en el mar y oímos el golpeteo de las olas al chocar contra las rocas.

La casa era de dos pisos, y detrás había unas palmeras. Una terraza en el segundo piso y algunos ventanales aparecían iluminados. Hasta allí llegaban las notas de una pieza que giraba en un tocadiscos.

Nos salió al encuentro un tipo delgado cuya mejilla derecha estaba surcada por una vieja cicatriz.

—Éste es Alí —lo presentó Roger Chapsal—, el brazo derecho de René Godad.

Alí me ignoró totalmente porque sólo dedicó su atención a Nora, pero no podía recriminarle porque la muchacha estaba arrebatadora.

Subimos una escalera y llegamos a la terraza en donde había una larga mesa preparada para la cena.

Dos hombres se levantaron de sendos sillones. Uno de ellos era el hijo de perra de Ismaili Karamarium.

El otro frisaba en los cuarenta años de edad y era de talla mediana, muy parecido al actor francés Charles Boyer.

—Señorita Cooper, tengo mucho gusto en conocerla... ¿Qué tal, señor Forrest?... Imagino que ya conocen a mi invitado el señor Karamarium.

—Ya he tenido ese placer —dijo Nora.

Yo también sonreí al armenio y le estreché la mano mientras decía:

—Me alegro que sus asesinatos le dejen tiempo para atender sus fiestas sociales.

Karamarium lanzó una carcajada.

—Ya te lo dije, René. Este americano resulta la mar de simpático, y además es listo como el demonio. No he podido con él, a pesar de que he tratado de cargármelo unas cuantas veces.

Era el cinismo hecho persona y deseé aplastarlo con mi zapato.

Continué riendo y le respondí:

—Antes de volver a mi país, he prometido convertirlo en una sabandija, Karamarium.

—Yo estoy siempre dispuesto a satisfacer los deseos de mis amigos.

Era una conversación de alto nivel.

René Godad ofreció un vaso a Nora.

—Pruébelo, señorita Cooper. Es un aperitivo, que bebemos aquí antes de la cena.

Nora lo bebió y llevó una mano a la garganta.

—¿Cómo llaman a este explosivo, señor Godad?

—Noche en el Trópico.

—Oh, claro... Pero yo diría que es demasiado tropical.

—Muy a tono con su vestido, ¿no le parece? —Acompañó sus palabras con una mirada de noventa grados a la sombra.

Oímos llegar un coche.

Godad tomó a la joven del brazo y la llevó hasta la veranda para contemplar el paisaje.

Yo me fui hacia una mesita para coger mi copa. Un camarero se apresuró a servirme una ración de aquel cóctel que yo había bebido con anterioridad durante uno de mis viajes a Estambul.

Karamarium vino a mi lado.

—¿Quiere jugar en mi equipo, señor Forrest?

—Tendrá que perdonarme, Ismaili, pero hasta ahora nunca me alié con criminales esquizofrénicos.

Karamarium rió como si le hubiese dicho el chiste más gracioso del mundo.

—Sé que Yoshida pactó con ustedes —dijo.

—No sé de qué me habla.

—Vamos, vamos, señor Forrest, no me crea tan, ingenuo... Uno de mis hombres siguió a Yoshida. Se entrevistaron en un restaurante. Yoshida cree que me la puede pegar, pero no va a adelantar nada. Confiéselo, señor Forrest. Yoshida le dijo que ustedes dos subastarían de acuerdo.

Bebí un trago de cóctel. Era bueno, de lo mejor en su clase.

—Karamarium —dije—, se está ganando una bala en el ombligo.

—¿Y de dónde va a salir la bala?

—De mi pistola.

—No, no va a pasar tal cosa —rió—. Soy un viejo zorro.

—He cazado zorros más viejos que usted, Karamarium, y mucho más astutos.

Sus ojos parecieron trozos de pedernal.

Me golpeó con el dedo índice en el pecho.

—Usted tiene un buen historial, Forrest, y sería una lástima que no continuase su brillante carrera en su país, y es lo que va a pasar si pretende enfrentarse con un hombre como yo...

En aquel momento llegó Yoshida.

Nos dirigió una fría mirada y en seguida se dirigió hacia el lugar donde se encontraban René Godad y Nora.

Godad cambió un saludo con el japonés diciendo:

—Será mejor que cenemos.

La cena fue digna de un potentado. A sugerencia del propio Godad, sólo se habló de política, o de temas que no tuviesen nada que ver con el motivo que nos había conducido a Estambul.

Terminada la cena, Godad levantó su copa.

—Por la mujer más hermosa y por habernos deparado esta noche la oportunidad de contemplarla.

Dijo esas palabras mirando a Nora. Todos estuvimos de acuerdo en que fue un bonito brindis.

Después, Godad continuó:

—Y ahora, amigos míos, ha llegado la hora tan deseada.

Yoshida se removió inquieto en la silla.

—Pido la palabra —dijo.

—¿Qué pasa, Yoshida?

—Quiero que estén presentes mis hombres.

—Ellos se quedarán en el jardín, donde están ahora.

—¿Y los de Karamarium?

—También están en el jardín, y tanto los de usted como los de Karamarium están vigilados por mis muchachos. Como ven, tomé mis precauciones para que no convirtiesen mi casa en un campo de batalla... ¿Puedo proseguir ahora?

Yoshida hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Amigos, quiero que escuchen atentamente esto —René hizo una pausa y luego agregó—: Nunca tuve los vasos hititas. Esto es una trampa y todos ustedes cayeron en ella.

CAPÍTULO XVII

Las palabras de René Godad fueron como trozos de hielo que hubiesen caído del cielo.

La atmósfera era cálida, pero en unos instantes se enfrió mucho. Karamarium saltó de la silla.

—¡Quieto, armenio! —dijo Godad—. Cuatro hombres están apuntando hacia vosotros con metralletas. El que se desmande, recibirá una carga de plomo.

Eso me hizo recordar las palabras que yo le había dirigido a Nora. Iba a empezar la operación plomo caliente, pero nunca pude imaginar que estuviese tan acertado. Sí, hermano, había dado en el centro de la diana.

Eché una ojeada a mis espaldas.

René Godad no nos engañaba. Un hombre estaba en la esquina de la terraza confundido entre las sombras, pero algo brillaba al ser herido por los rayos de la luna. Era una metralleta. Había otro tipo en la ventana. Un tercero en la puerta que comunicaba con la casa. No vi, al cuarto, pero quizá estaba escondido al fondo. No había por qué dudar en cuanto al número... Si René había dicho cuatro, serían cuatro.

Ismaili pegó un puñetazo en la mesa.

—René —dijo—, imagino que todo esto es una broma. ¿Tienes los vasos hititas...? ¡Vamos, dilo!

—He dicho que no hay tales vasos.

—¿Qué significa esto, entonces?

—¿Te estás volviendo sordo, Karamarium? Dije una trampa.

—¿Qué clase de trampa?

—Lo sabrás en seguida... En cuanto encienda este Cigarro.

Cogió un grueso cigarro de una caja, y lo despuntó prendiéndole

fuego con la llama de un encendedor de gas. Todos sus movimientos fueron parsimoniosos, como el del artista que se siente la primera figura de la representación. Sólo le faltaban los focos.

Después de arrojar unas bocanadas de humo, dijo:

—Cada uno de ustedes va a pagar medio millón de dólares.

Fue Yoshida quien primero reaccionó:

—¿Te has vuelto loco, René?

—Cuidado, japonés.

—¿Cómo te vamos a dar medio millón de dólares a cambio de nada?

—Te equivocas. Vais a recibir algo a cambio.

—¿Qué cosa?

—Vuestra vida.

Karamarium se echó a reír, palmeando la mesa.

—Celebro que lo encuentres divertido, Ismaili —comentó René.

—Yo no puedo darte ese dinero.

—¿Por qué?

—Porque no lo tengo.

—Sé que ninguno de vosotros ha fallado. Todos os tragasteis la mentira de que yo había robado los vasos hititas al príncipe. Supe elegir bien mis objetos. Todo el mundo sabe que ese príncipe guarda como un tesoro cuanto le pertenece, y que cuenta con una guardia especial, con mercenarios, para mantener alejado a cualquiera que intente quitarle algo de su propiedad... Ninguno de vosotros podría informarse acerca de la veracidad de mi afirmación... Si yo decía que tenía los vasos hititas del príncipe, era cierto... Por ello, habéis venido esta noche aquí con el dinero, o el equivalente, el cheque... Podré cobrar mañana y hasta entonces, seréis mis prisioneros. Sólo cuando tenga en mi poder, el medio millón de cada uno os dejaré libres... He investigado en los Bancos y sé que la Mac Callion Company, Karamarium y Yoshida pueden hacer frente al pago de medio millón de dólares.

—¡Puerco! —exclamó Yoshida.

—Ichiro —dijo René— sólo tengo que levantar una mano para que uno de mis hombres te parta por la mitad.

—¡Esto es un atropello!... ¡Un robo!... ¡Un asalto!...

—Admito que es todo lo que tú dices, pero no tienes más remedio que conformarte...

Yoshida apretó los puños, impotente.

—¿Puedo hablar? —intervino Nora, con voz gélida.

—Desde luego, querida.

—Yo no le voy a pagar un centavo.

—Eres un diablillo, Nora.

—Sólo soy una mujer que hará honor a los compromisos que adquirió con sus jefes.

—No me digas que te vas a llevar los vasos hititas.

—No, pero si no me llevo los vasos hititas, tampoco soltaré un centavo.

—¿No oíste bien, preciosa? Si no pagas por las buenas, irás a parar al fondo del Bósforo, y no hago excepciones con nadie. Eres muy hermosa, pero las mujeres para mí no cuentan... Las tengo por docenas. Me las traen de las cinco partes del mundo, mulatas, chinas, blancas y hasta negritas...

—No voy a pagar y es una decisión.

Rió mientras me miraba.

—¿Qué dices tú, Kenneth?

Me encogí de hombros.

—Sólo soy un asalariado.

—Vas a ser algo más que eso, un hombre muerto.

—Eh, yo no tengo nada que ver con la Mac Callion Company, quiero decir que no soy ejecutivo. Sólo vine aquí como guardaespaldas.

—Eso a mí no me sirve como excusa. Y si ella se va al Bósforo, tú también te vas.

—Muy bien, tomaremos el baño ahora —dije y me puse en pie.

—Se me olvidó decirte cómo va a ser el baño. Con una piedra de cincuenta kilos al cuello... ¿Te tiras ahora o prefieres hacerlo con *slip*?

Me senté otra vez en la silla.

—Ahora que recuerdo, el agua debe estar muy fría.

—Magnífico, Forrest... Ahora trata de convencer a Nora. Mientras tanto, yo iré cobrando de Karamarium y Yoshida.

Karamarium sacó un pañuelo y se enjugó el sudor de la frente.

—René, no me puedes hacer una cosa como ésta. Sería mi ruina... Admito que puedo disponer del medio millón de dólares, pero nunca podría levantar la cabeza.

René se echó a reír.

—No digas eso, armenio. Sé perfectamente que tienes más de tres millones de dólares. Por tanto, si me das medio millón, todavía te quedará la mayor parte de tu fortuna.

—¡Tus informes son falsos! ¡No tengo tres millones de dólares...!

—Te voy a demostrar que tienes más.

—¿De qué forma?

—Muy sencillo... Ahora vas a pagar seiscientos mil dólares.

—¡No, René!

—Setecientos mil y, si abres otra vez la boca, subo cien mil más.

Karamarium fue a abrir la boca, pero la cerró, porque cada vez que soltaba palabra le costaba cien mil dólares. Era el telegrama más caro del mundo.

En unos instantes, el armenio pareció envejecer cincuenta años.

—Anda, firma el cheque —sonrió René.

Ismaili rellenó el cheque, pero invirtió en ello como diez minutos.

René Godad observó la firma y la sopló.

—Magnífico. Sabía que te portarías bien... —Se volvió hacia el japonés—. Ahora te toca a ti, Ichiro.

El oriental se estaba cociendo en su propio jugo. Tenía la boca abierta, pero no se atrevía a hablar porque sabía cuál era el precio.

—Sí, René.

—Bravo, japonés.

Yoshida se apresuró a rellenar su correspondiente cheque, el cual entregó a René después de ser firmado.

—René —dijo—, ¿puedo decirte algo?

—Habla, hombre, habla, sin miedo. Ya has pagado.

—Quisiera irme a mi casa. Me encuentro muy enfermo...

—No te preocupes. Tengo un buen botiquín aquí, y sabes que Alí ha estado estudiando algunos cursos de medicina. El te podrá atender.

Yoshida se apresuró a mover la cabeza en sentido negativo.

—No, René. No hace falta.

—Como tú quieras, amigo mío.

Me inclinó sobre Nora.

—Nena, hay que saber perder.

—Yo no puedo doblegarme a las exigencias de un tipo tan

miserable como éste.

—Cariño, recuérdalo. Se trata de tu vida.

—Prefiero morir.

—No digas eso. La vida es muy hermosa, Nora.

—La vida será un asco si yo entrego medio millón de dólares a este hombre. Tendría que devolverlo a mis jefes y, según he calculado, no podré ganar medio millón de dólares ni en los próximos cien años.

—Cariño —dije persuasivo— no tienes que preocuparte por el futuro... Recuerda lo que me preguntaste acerca del matrimonio. Pues bien, ahora ya te puedo contestar. Estoy loco por ti.

—Embustero.

—Palabra que me enamoré perdidamente, y ahora ha llegado el momento de pedirte que seas mi esposa.

—Eres tan miserable como René Godad. Me pides que sea tu esposa para salvar la piel.

—¡Oh, no, Nora!... Te pido que seas mi mujer porque quiero tener un hogar, unos hijos...

—Y unos nietos.

—Sí, señora, y unos nietos.

—Pues no vas a tenerlos, porque no me has convencido en absoluto.

René Godad se movió hacia nosotros.

—Nora —dije con voz trémula—, recuerda la forma de trabajar de ese hombre. Karamarium no quiso pagar medio millón y ha tenido que firmar un cheque por setecientos mil.

—A mí no me va a sacar un centavo, de modo que puede seguir subiendo hasta que llegue al millón.

—No llegará al millón. Mucho antes, nos tirará al Bósforo.

—Siempre me ha gustado nadar.

—No podrás nadar con una piedra de cincuenta kilos al cuello.

—Al menos moriremos con honra.

—Tú, sí, pero yo no... Recuerda que no estoy empleado en la Mac Callion Company.

—Estás obligado con la Mac Callion Company por la sencilla razón de que ellos te contrataron para que me acompañaras a Estambul.

—De acuerdo. Fui contratado para que te acompañase a

Estambul, pero no para que me llevases a un matadero.

Godad interrumpió nuestra conversación diciendo con voz ronca:

—¿Has decidido ya, querida?... Dilo pronto. ¿Vas a continuar viviendo o prefieres morir?

CAPÍTULO XVIII

Yo esperé la respuesta de Nora conteniendo la respiración.

Nora al fin dijo:

—Puede matarme, señor Godad, pero no tendrá el dinero.

—¿Es tu última palabra?

Yo grité:

—¡Es la penúltima, René!

—Tú a callar.

—Déjame que la convenza.

—Ya tuviste bastante tiempo y no conseguiste nada... Pero yo tengo un procedimiento para hacerla cambiar de idea... ¡Alí!

El hombre de la cicatriz apareció cerca de mí, como si hubiese brotado del suelo.

—Prepara a Kenneth Forrest para la inmersión.

—Eh, que no soy un submarino —protesté.

Alí se volvió hacia la puerta de la terraza y chasqueó los dedos.

Dos hombres salieron de la oscuridad llevando algo entre los brazos. Era una piedra, en la cual había una argolla y de ésta pendía una cuerda.

—Traedla acá, muchachos —gritó Alí—. Es la corbata de Kenneth Forrest...

Aquello me gustaba cada vez menos.

Me levanté de un salto y golpea en el mentón de Alí. Éste cayó hacia atrás.

De pronto sonó una ráfaga.

Pensé que los plomos me iban a partir por la mitad, pero no habían tirado a dar se enterraron en la pared. Me quedé tan quieto como si me hubiesen escayolado de la cabeza a los pies.

Alí se levantó y escupió un cuajo de sangre.

—¡Bastardo! —gritó—. Esto te lo voy a hacer pagar.

René Godad soltó una risita.

—Alí, no quiero peleas... Forrest es demasiado impetuoso, pero ya va a tener lo que la chica decidió. Átale las manos a la espalda y ponle la piedra al cuello.

Alí vino por detrás de mí. Lo confié un poco. Quería apoderarme de la pistola que debía guardar en la sobaquera. Para ello tendría que utilizarlo como escudo durante unos minutos. Ese plan se me vino abajo cuando me pegó en el cuello con el filo de la mano. Caí al suelo y entonces me puso la rodilla en la espalda y, con movimientos hábiles, me aseguró las muñecas a la espalda.

Los otros dos hombres se acercaron y en pocos segundos me ataron la piedra al cuello.

—Al agua con él —dijo Alí.

Me cogieron en volandas y yo pataleé.

Entonces, oí la voz de Nora:

—¡Déjenlo!

—No te he oído bien, querida —dijo René.

—Te pagaré el medio millón.

Nunca he oído palabras más dulces. Por mí, se podía ir el medio millón al infierno. Lo importante era que me había librado de la muerte.

—Firma el cheque, querida —dijo René.

—De acuerdo.

—Eh, que me dejen en el suelo —exclamé.

Bastó una mirada de René para que los dos esbirros que me sostenían me dejaran caer. Lo hicieron con malos modales y me hice polvo la cadera.

Nora ya había terminado de firmar el cheque. Lo alargó a René, el cual, tras comprobarlo, dijo:

—El negocio ha terminado. Se pueden retirar a las habitaciones que les hemos destinado... Un consejo, amigos. No traten de escapar. Estarán vigilados, porque no puedo correr ningún riesgo hasta que cobre estos cheques... De modo, que si alguien intenta volar como un pájaro, lo hará como un pájaro muerto, porque desde ahora mis hombres tirarán a dar.

Dio dos palmadas y entraron tres hombres en la terraza. Cada uno de ellos se puso al lado de una de las personas que habían

pagado el medio millón y los invitaron a que los siguiesen.

—Eh, quiero ir con Nora —dije.

—Tú tienes una habitación independiente —repuso René—. Ya te reunirás con ella mañana.

Yoshida y Karamarium ya habían salido de la terraza.

Nora dio un suspiro.

—Nunca pude imaginar que pagaría por ti medio millón de dólares, Kenneth.

—Los valgo, nena, los valgo —le sonreí.

—Es posible, pero yo todavía no lo sé.

Tras esas palabras, Nora también se marchó acompañada de su guardián.

—Eh, René —dije—. Ordena a Alí que me corte las ligaduras.

Alí no se movió y Godad se sirvió más champaña. Después de beber un trago clavó sus ojos en mí.

—No me gustan los competidores, Kenneth...

—Nunca he sido tu competidor. No hubo vasos y todos vinimos aquí engañados...

—No me has entendido. Me refiero a la chica.

—¿Qué pasa con ella?

—La quiero para mí...

—Eh, René, recuerda lo que dijiste... Esa mujer no significa nada para ti. Tienes a las mejores del mundo... Chinas, mestizas, y hasta negritas...

—Sí, es cierto, pero lo dije para que no se pusiese tonta. Una mujer creída es lo más insoportable que existe... Ahora estará un poco más amansada.

—Bueno, ¿qué tiene que ver eso conmigo? —dije a pesar de que sus palabras me quemaban las tripas.

—Me di cuenta de todo, Kenneth.

—¿De todo?

—Está enamorada de ti.

Lancé una carcajada.

—Pero ¿qué tontería es ésta, René? Esa chica no me puede ver ni en pintura. Hemos estado peleando desde que salimos de Nueva York.

—Una prueba más de que te quiere.

—¿Cómo?

—Los que más se aman, más se pelean.

—Eso es un tópico estúpido... Romeo y Julieta no se peleaban.

—Romeo y Julieta vivieron hace muchos siglos. Entonces las cosas se llevaban de otra forma...

Dirigió una mirada a Alí.

—Al agua con él.

—¡No harás eso conmigo!... ¡No lo harás, René!... ¡Ella ha cumplido! ¡Te ha pagado el medio millón por salvarme la vida!

Fueron las peores palabras que pude elegir.

René soltó una risita enseñando sus dientes parejos, muy blancos, perfectos.

—Correcto, Kenneth. Eso fue lo que hizo. No quería pagar el dinero que le pedí, pero firmó el cheque para que el muchacho a quien ella quiere le pueda seguir dando besitos...

—Se acabó eso. Me apartaré, de ella. Después de todo, no hay vasos hititas. Ya cumplí la misión que me fue confiada. Volveré a Estados Unidos esta misma noche. Sólo tienes que soltarme.

—Tú no harías tal cosa.

—¿Por qué no?

—Porque conozco a los tipos de tu clase...

—Alí vendrá conmigo y puedes agregar un par de hombres más. Ellos me dejarán en el aeropuerto —sonreí satisfecho ante mi hallazgo—. Eso te garantizará que no te la puedo jugar...

—Siempre apuesto sobre seguro... Te vas al Bósforo, te hundes con la piedra, te ahogas y yo no correré ningún riesgo —hizo una pausa—. Ya has oído, Alí. Al agua con él y no quiero repetirlo.

Alí hizo chascar los dedos.

Los dos hombres de antes me volvieron a atrapar. Yo chillé con todas las fuerzas de mis pulmones:

—¡Eres un canalla!... ¡Me las pagarás, René!... ¡Esto no se quedará así!

Godad contrapunteó mis frases con su risa.

—¡Espera, René!

Pero nadie esperó. Los dos hombres me arrojaron al agua. La piedra tiró de mi cuello y creí que me lo partía. Luego, sobrevino un impacto. Me sostuve en el agua unos instantes, pero en seguida me fui hacia el fondo. Pensé en la cochina suerte. Me había jugado la vida muchas veces en Estados Unidos, y siempre gané. ¿Para qué?

Yo se lo diré, hermano. Para terminar en el Bósforo. Así son las cosas, y ya me estaba ahogando.

CAPÍTULO XIX

Llegué al fondo.

Ya estaba en mi tumba, y no iba a tener el más raquítico ramo de flores.

Un chorro de agua me llegó a los pulmones.

Era el comienzo del fin.

De pronto vi venir algo hacia mí, probablemente un pez que venía a saludarme antes de pegarme la dentellada.

Me acordé de Jonás y la ballena, ¿por qué no venía ahora la ballena y me tragaba?

Era un hombre.

Un ser humano.

Llegó a mi lado. Sentí deseos de echarle los brazos al cuello y besarle.

Era Chuck Daniels. Me sonrió. Quise decirle que se diese mucha prisa, pero él se hizo cargo de las circunstancias y manejó el cuchillo con habilidad.

Estaba a punto de desmayarme cuando me atrapó por las axilas y me llevó hacia la orilla.

Pensé que, a pesar de todo, cuando llegase a lo alto, mis pulmones habrían estallado.

Sin embargo, eso no llegó a ocurrir.

Nunca me pareció el oxígeno tan maravilloso.

—Cuidado —dijo Chuck—. No hagas ruido o de nada habrá servido.

Me cortó las ligaduras de las manos y pude utilizarlas para nadar.

—A la derecha —dijo Chuck—. Tengo mi barca allí.

Por fortuna no nos vigilaban desde la terraza. Naturalmente me

habían dado por muerto y eso era natural, teniendo en cuenta la forma en que me habían hecho saltar de allí.

Subimos a la barca y yo me quedé de bruces, escupiendo agua.

Al cabo de un rato, levanté la mirada y vi a Chuck Daniels que me sonreía.

—¿Cómo llegaste tan a tiempo? —pregunté.

—Te dije que aparecería en el momento más oportuno.

—Oh, sí, desde luego. Nunca lo habrás sido tanto.

—¿Y Nora?

—Con ellos.

—Te advertí contra Karamarium.

—Sí, pero no me advertiste contra el más bastardo de todos. René Godad. No había vasos hititas. Todo fue una comedia. Sacó medio millón de dólares a cada uno de los postores.

Chuck encanutó los labios y lanzó un silbido, pero se cubrió la boca con las manos al darse cuenta de que podría delatarnos.

—Menudo negocio ha hecho el tipo —dijo—. Millón y medio de dólares y no ha tenido que dar nada a cambio.

—Así es —contesté mientras me frotaba las muñecas para restablecer la circulación.

—Bueno. Lo importante es que estás vivo. Vámonos de aquí.

—No, Chuck. Yo vuelvo a la casa.

—¿Qué has dicho?

—Oíste bien... ¿Tienes ahí una pistola?

—Claro que la tengo, pero no te la voy a dar. Es una locura lo que piensas hacer.

—¿Cuento contigo para ajustar las cuentas a esa gente?

—Yo no estoy chiflado como tú.

—Oye, Chuck. Éste puede ser un negocio para los dos.

—Nunca he considerado un buen negocio largarme de este mundo.

—Escucha. Esa gente pagó medio millón de dólares por su vida. Nosotros los salvaremos y tendrán que pagarnos cincuenta mil.

Vi que mis palabras hacían impacto en su caparazón.

—¿Podremos sacar cincuenta mil dólares?

—La mitad para cada uno.

—Pero ¿crees que pagarán, Kenneth?

—Claro que pagarán. Estoy seguro de que René Godad no los

dejará vivos. Los matará para no correr ningún riesgo, pero esperará a mañana, cuando haya cobrado... Y ya perdimos demasiado tiempo. Nora le gustó a René y apuesto a que ese canalla ya se ha puesto la servilleta.

Lo había convencido. Atrapó los dos remos que había tomado la precaución de cubrir con mantas. Chuck Daniels me estaba demostrando que era un tipo la mar de eficiente.

—La casa tiene un muelle a la izquierda —dijo—. Pero estará vigilado.

—¿Qué hay a la derecha?

—La pared lisa. Estudié bien la casa y sólo se puede llegar por el muelle.

—Muy bien. Iremos allí.

—Se necesitan un par de locos como nosotros para intentar eso.

—El mundo progresa gracias a los locos.

La luna había sido cubierta por las nubes y todo estaba oscuro como una mancha de tinta.

Chuck remaba con suavidad por lo que avanzábamos lentamente, arrimados a la casa.

Ya estábamos cerca del muelle y pude ver un yate y dos barcas. En el muelle había un farol encendido, pero el yate estaba completamente oscurecido.

De pronto, oímos una voz arriba.

—Eh, Jean, ¿tienes cigarrillos?

—¿Por qué no te compras?

—Se me acabaron.

—Lo mismo dices siempre...

—Vete al infierno.

Los dos hombres interrumpieron la conversación. Había localizado uno en la escalerilla. El otro estaba cubierto por el yate, y por tanto, hacía su guardia en el extremo del muelle.

Chuck había dejado de remar y empujaba la barca apoyando las manos en la pared. Llegamos al comienzo del muelle y nos detuvimos. Yo ya estaba en la proa. Chuck señaló a mis pies, y atrapé un par de pistolas. Le tiré una.

Salté al muelle y corrí agachado.

Jean, el que no quería dar los cigarrillos, estaba mirando hacia Estambul que, a lo lejos, era un ascua de luz.

Pasó por enfrente, muy cerca, un barco produciendo un gran ruido con sus máquinas. Pegué en la cabeza de Jean con la pistola y lo recogí antes de que golpease contra el suelo.

Volví junto a Chuck y saltó de la barca, que había atado a una argolla del muelle.

Subimos por la escalinata.

—Jean —dijo una voz muy cerca—, ¿dónde estás?

Aparecí a su lado por una esquina y, antes de que pudiese abrir la boca para gritar, le pegué con la culata entre los dos ojos. El tipo soltó un gruñido y rodó por la escalera hasta que Chuck lo detuvo con el pie.

Hasta ahora todo había salido bien.

Poco después, llegamos a la terraza donde se había celebrado la cena. No había nadie, pero la puerta que comunicaba con la casa estaba abierta y por el hueco llegaban voces.

Alí y otros dos tipos bebían *whisky*, sentados en sillones.

Al vernos aparecer con la pistola en la mano se quedaron de piedra. Me puse un dedo en los labios y caminé hacia ellos.

—Alí —dije con voz suave—. ¿Dónde está René?

—Con la chica.

—¿Hace mucho?

—Unos quince minutos.

—Chuck, tú te quedas —dije—. Si uno de estos tipos se mueve, le sirves la onza. Alí vendrá conmigo.

Para que se diese prisa, le pegué con el cañón del revólver en la oreja. Se le cayó el vaso. Iba a gritar de dolor, pero se resistió cuando le apunté entre los dos ojos.

—Tengo prisa, Alí.

Fue bastante para que se pusiese en marcha.

Subimos una larga escalera y llegamos a un corredor donde no había nadie.

—¿Dónde están los otros? —pregunté.

—Arriba. Tu chica está en este corredor, en la habitación del fondo...

Le hice una señal para que me precediese y fuimos hacia la puerta más alejada. Alí la abrió y le di un empujón derribándole en el interior.

Nora peleaba con René Godad porque éste trataba de besarla.

CAPÍTULO XX

René se apartó de Nora como si hubiese visto a un fantasma.

—Soy yo —dije.

—¿Cómo te pudiste salvar?

—Soy un muchacho habilidoso.

—Comprendo, ese par de bastardos de Henri y Nolan no te ataron bien.

—No, no fue cosa de ellos. Un amigo me estaba esperando abajo y me sacó.

—Ese amigo tuyo merece un premio especial.

—Lo va a tener. Cobraremos a cada una de las personas que salvemos...

Nora intervino:

—Sólo me podrás salvar a mí... Karamarium y Yoshida están muertos.

Enarqué las cejas y ella prosiguió:

—René me mostró sus cadáveres para convencerme de que debía ser una chica obediente. Degolló a Karamarium y colgó del techo a Yoshida...

René Godad esbozó una sonrisa.

—No podía correr ningún riesgo, Forrest. Esos dos tipos eran vengativos. No se habrían conformado con pagarme el medio millón. ¿Tú lo entiendes?

—Claro que sí —contesté arqueando el dedo en el gatillo.

—Un momento, muchacho. Tú y yo vamos a ser socios.

—No me digas.

—Recuerda, tengo un millón y medio de dólares.

—Todavía no los cobraste, René.

—Pero los cobraré mañana... Además, te daré a la chica.

—Eres muy generoso. Antes la querías para ti.

—Es cierto, pero las cosas han cambiado y sé admitirlo.

—Eres un tramposo y un asesino, René.

—No digas eso, muchacho. Sé lo que hicieron contigo Karamarium y Yoshida. Trataron de quitarte del medio y también habrían eliminado a Nora... Ellos creyeron a pies juntillas que yo tenía los vasos hititas. Querían hacer el gran negocio y no se detenían ante el número de muertos...

—Resulta gracioso que trates de convencerme de que tú eres el mejor de todos... Los cheques, René.

—¿Qué vas a hacer?

—Los cheques o disparo.

René sacó los cheques y me los alargó.

Yo les eché un vistazo instintivamente.

Alí creyó llegado su momento y sacó una pistola de la axila.

Me volví ligeramente y apreté el gatillo dos veces.

Alí retrocedió con la carga de plomo en el estómago.

René saltó sobre Nora mientras extraía también una pistola.

Estaba claro que trataba de valerse de la muchacha como escudo. Pero mi jefe era listo y se dejó caer en el suelo.

Yo puse en marcha otros dos obuses. Uno atrapó a René por el cuello y el otro casi lo decapitó.

—¡A correr, Nora!... —dije.

Bajamos la escalera saltando los peldaños de dos en dos.

Llegué muy a tiempo, porque un tipo escondido detrás de una columna trataba de disparar sobre Chuck.

Hice fuego y el fulano apretó el gatillo después, pero ya había perdido su puntería.

Fue la señal para que los individuos que estaban en la sala sacasen el arma.

Chuck y yo disparamos con alegría y deportividad.

Los fulanos cayeron, pero en ese instante, aparecieron otros dos muchachos en lo alto de la escalera.

Nora, Chuck y yo retrocedimos hacia la terraza sin dejar de mandar proyectiles.

—Ya te lo dije, Nora —reí—. Esto acabó siendo la operación plomo caliente.

Descendimos por la escalinata que conducía al muelle.

No me gustó la idea de marcharme de allí con una barca de remo, cuando había otra con motor fuera de borda.

Seguían disparando desde la casa, pero Chuck los mantuvo a raya hasta que nuestra embarcación corrió hacia la libertad.

* * *

Destruí los cheques. Ya no se podía hacer el negocio. Lo sentí mucho por Chuck, y, para compensarlo, le di dos mil dólares míos, y logré que Nora le diese cinco mil más. Chuck se consideró bien pagado.

Los periódicos de Estambul anunciaban a toda plana y con gran aparato fotográfico la extraña masacre ocurrida en la villa de René Godad. Tres capitostes del hampa internacional habían hallado la muerte en una sola noche. La policía daba su versión, que, por otra parte, era perfectamente comprensible. Se trataba de un ajuste de cuentas.

Como es natural, no se mencionaba para nada los vasos hititas, ni se citaba el nombre de Nora Cooper, ni el de cierto detective de Nueva York llamado Kenneth Forrest.

Estaba durmiendo a pierna suelta cuando sentí una boca sobre la mía.

Desperté. Era Nora.

—Cariño, tienes que darte prisa —dijo.

La apreté contra mí y la besé con fuerza en los labios.

—No; me refería a eso —dijo echando la cabeza hacia atrás—. Hemos de estar en el aeropuerto dentro de media hora.

—Ya tengo ganas de volver a casa.

—No vamos a casa... todavía.

—¿Qué?

—Verás, Kenneth... —Se mojó los labios con la lengua—. He pensado que tú y yo debemos ir a hablar con ese príncipe árabe. Ya sabes, el dueño de los vasos hititas. Después de todo, ya que estamos aquí, ¿no crees que podré convencerlo para que me venda los vasos por medio millón de dólares?

Nora era hermosa, atractiva, poseedora de toda la seducción del mundo, pero yo no iba a consentir que me metiese en otro avispero. Estaba claro que no lo iba a consentir.

Se echó sobre mí y empezó a besarme en los labios mientras decía:

—¿Verdad que no me vas a dejar sola?

Siguió besándome y besándome...

Sí, hermano. Usted acertó. Me metí en otro avispero.



Keith Luger era uno de los seudónimos de Miguel Oliveros Tovar, nació en La Coruña el 17 de marzo de 1924. Su padre, Juan Oliveros Bueno, capitán del cuerpo de sanidad militar, y su madre, Presentación Tovar Rivas, eran de la provincia de Granada, de Ojiva él y de Salobreña ella. En la fecha indicada, el padre estaba destinado en la ciudad gallega donde permanecieron hasta que el niño cumplió los tres años. El siguiente destino paterno fue Melilla y, cuando Miguel era ya un adolescente, llegaron a Valencia.

Estudió el bachillerato en el instituto «Luis Vives». Terminado con brillantez, pasó a la Universidad, donde fue un aventajadísimo estudiante de Derecho. Los cinco cursos de la carrera los hizo en tres años. Jura como abogado el 10 de febrero de 1949. Ejerció como tal algunos años. En las tarjetas que distribuía a sus clientes, además de su nombre, podía leerse: «abogado criminalista».

Durante esta época encontró tiempo para preparar oposiciones al ayuntamiento valenciano. Las aprobó y llegó a jefe de negociado.

Miguel Oliveros publicó, entre agosto de 1953 y julio de 1972, las últimas fueron póstumas, novecientas quince novelas (915) de los géneros: oeste, policial, ciencia-ficción y rosa.

Otro seudónimo fue el de «Miguel Romano» (para novelas rosas) o

el de «Bronco Mike» (para la editorial argentina Trébol).